



ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Monografía de Atánquez.

Capítulo Quinto

Bogotá D.C., 1985

CAPITULO 5

Monografía de Atánquez

Esta monografía de Atánquez no pretende ofrecer una visión exhaustiva de la región y sus gentes. Su núcleo lo constituye la problemática de conservación de aguas y suelos desde un enfoque histórico y geográfico de la zona. Con ello intenta reforzar el trabajo que realiza el comité pro-defensa de los recursos naturales y del río Candela (Capítulo 7) y facilitar la labor de adecuación de los programas curriculares; se espera que mediante la inclusión de esta problemática ambiental en los programas educativos formales, las nuevas generaciones de atanqueros adquieran conocimientos, habilidades y actitudes que contribuyan a garantizar la conservación de los recursos vitales de la comunidad a largo plazo.

Por otra parte, existe ya una extensa monografía de Atánquez, "The People of Aritama", elaborada por los esposos Reichel-Dolmatoff (Reichel y Dussán, 1961) y la cual constituye un completísimo y clásico estudio sobre la dinámica de cambio en una comunidad mestiza.

Aunque han pasado casi treinta años desde que se realizaron tales observaciones, y que por lo tanto muchas cosas han cambiado, es sorprendente la vigencia que siguen teniendo algunos aspectos del estudio, en particular aquellos relacionados con las actitudes hacia las quemas, la enfermedad, el trabajo y los alimentos; los problemas de salud y educación; las prácticas de crianza y los indicadores de prestigio

social y poder político-económico. Indudablemente "The People of Aritama" constituye un aporte esencial para el desarrollo de programas formales y no-formales de educación. Sería de gran utilidad traducir algunos capítulos relevantes para el uso de maestros y otras personas, ya que el estudio se publicó únicamente en inglés.

La primera parte de esta monografía describe la geografía de la región o el sistema de sustentación natural, constituido por dos subsistemas principales denominados zona alta y zona baja, los cuales se distinguen por factores naturales y por las formas de uso del suelo. La descripción del espacio geográfico y de los recursos naturales constituye un aspecto condicionante, económico y social elemental.

La segunda parte de la monografía intenta explicar los cambios culturales y económicos desde una perspectiva histórica que busca hacer evidente la relación asimétrica entre lo local y lo regional, lo regional y lo nacional y entre esto último y lo internacional, así como mostrar la forma como los patrones de subsistencia y los modelos de desarrollo económico han ejercido históricamente distintas demandas y presiones sobre el sistema de sustentación natural.

Vale aclarar aquí que la perspectiva histórica de la región sólo puede considerarse como una recopilación de lo que hasta hoy se ha escrito acerca de Atánquez, sin ser la intención de esta investigadora realizar una crítica histórica textual. Su objetivo es servir como marco explicativo de las tendencias tecnológico-culturales actuales. El análisis crítico de los procesos socio-económicos históricos, que tome en cuenta las

relaciones sociales de producción, la tenencia de la tierra y las relaciones entre el capital y el trabajo, es un aspecto fundamental que deberá tomarse en cuenta en futuras investigaciones.

5.1. GEOGRAFIA FISICA.

5.1.1. Ubicación: El macizo de Santa Marta (IGAC, 1973): Entre las fértiles llanuras de la Costa Atlántica colombiana, el desierto de la Guajira y el Mar Caribe, se levanta el macizo costero más alto del mundo, la Sierra Nevada de Santa Marta. La vertiente Norte cae precipitadamente al mar Caribe; la vertiente Occidental, algo más inclinada, vierte sus aguas a la Ciénaga Grande y a la riberas pantanosas del río Magdalena; y su cara Suroriental, cuya ladera es más larga y menos inclinada, mira hacia la baja Guajira y el valle del Cesar (Mapa 5).

Hacia el Sur de la Sierra Nevada de Santa Marta se extienden las llanuras de los rios Cesar y Ariguani, las cuales se prolongan hasta la depresión Momposina, en la región inundable del medio y bajo Magdalena. Hacia el Noreste se extiende el desierto de la Guajira y las prolongaciones de la Serranía de Perijá.

La región de Atánquez: Se localiza a los $10^{\circ}42'$ de latitud Norte y a $73^{\circ}21'$ de longitud Oeste del meridiano de Greenwich.

Esta región se encuentra en el Norte del Municipio de Valledupar y comprende los corregimientos de Atánquez, la Mina, los Haticos, Chemesquemena y Guatapuri y está ubicada en el valle del río Candela, afluente del río Badillo, en la vertiente

Suroriental de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Limita hacia el Norte con el Resguardo Indígena Kogui-Malayo específicamente con los Koguis del alto río Guatapuri y los Wiwa o Malayos del río Cherúa; por el oriente con Patillal y el valle del Cesar; por el Sur con la población de Río Seco y con Valledupar; y por el Occidente con la región Oriental del Resguardo Indígena Ika o Arhuaco, sobre el río Donachui y el medio río Guatapuri.

5.1.2. Ríos: La vertiente Suroriental del macizo pertenece a la cuenca del alto río Cesar, cuyos afluentes Occidentales, Varcino, Badillo, Guatapuri y Sucarabuena entre otros, corren encajonados de Occidente a Oriente y descienden rápidamente a la planicie del valle del Cesar. Este está alineado de Norte a Sur, separando a la cordillera Oriental del Macizo de Santa Marta. El río Cesar corre hacia el Sur para desembocar en la ciénaga de Zapatosa, la cual forma parte del sistema lacustre del Magdalena Medio o Depresión Momposina.

La cuenca del río Candela tiene una extensión aproximada de 100 Km. cuadrados, en los cuales recorre desde los 2.500 m.s.n.m. en el Cerro El Peligro, hasta los 400 m.s.n.m. en la población de la Mina a orillas del río Badillo. Presenta una topografía muy quebrada entre los 1.000 y los 2.000 m.s.n.m. que corresponde a la zona en donde se sitúan las cabeceras del río Candela y sus principales tierras de cultivo. De los 1.000 m.s.n.m. hacia abajo los gradientes de las laderas son menores y las montañas se resuelven en pequeñas colinas que se desatan hacia el valle del Cesar. Esta es la zona baja, y a excepción de algunas terrazas aluviales, está dedicada a la ganadería

extensiva.

La zona del estudio se ubica en el medio y alto río Candela, el cual comprende tres sub-cuencas principales: Pontón, alto Candela y Chiscuinya (mapa 2).

5.1.3. Geología (Mapa 1): La Sierra Nevada de Santa Marta constituye un enorme bloque triangular levantado al final del Jurásico, y de nuevo durante el Mioceno y el Plioceno, hasta los 5.775 m.s.n.m.

Está limitada estructuralmente por dos fallas: la falla de Oca, de rumbo Este-Oeste, que limita la Sierra por el Norte; y la falla Santa Marta- Bucaramanga, o "Gran Falla", que limita a la sierra por el Suroccidente, y a lo largo de la cual se desplazó el macizo hacia el Norooccidente unos 110 km., desconectando a la cuenca del Magdalena del Valle del Cesar; mientras que la depresión del Valle del Cesar constituye su límite Suroriental.

A finales del Era Paleozóica y principios de la Mesozóica (225 millones de años) la mayor parte del territorio que hoy ocupa la sierra era una plataforma sumergida en donde se depositaron sedimentos de origen marino, como grawacas, calizas y rocas epilíticas.

Durante el Jurásico (125-135 millones de años) esta plataforma marina fue levantada por la intrusión de enormes batolitos graníticos, los cuales fueron a su vez cubiertos por ignimbritas o cenizas de origen volcánico.

Las erupciones volcánicas continuaron hasta el Cretáceo (135-65 millones de años) cuando una nueva elevación del nivel del mar inundó las tierras bajas, depositando sedimentos

marinos como calizas y pizarras, para posteriormente retirarse las aguas dejando lo que hoy conocemos como el Valle del Cesar (Tschanz et. al., 1974).

La zona baja del área de estudio está conformada por el batolito de Atánquez, una masa granodiorítica cuya superficie sub-horizontal ha sido disectada por numerosos arroyos y que forma parte de la serie de plutones (o batolitos) que levantaron la sierra durante el Jurásico; abarca toda la sub-cuenca del río Pontón, así como las partes bajas del alto río Candela y del bajo río Chiscuinya.

En la sub-cuenca del río Pontón, la granodiorita presenta una gran cantidad de diques de basalto los cuales son más resistentes que ésta a la erosión física, y sufren más bien transformaciones químicas, adquiriendo un color rojizo muy característico y fácilmente reconocible entre el suelo blancuzco y arenoso que se produce con la meteorización del batolito.

En efecto, es tan duro y resistente el basalto azuloso, que desde épocas muy antiguas los habitantes del río Candela lo han utilizado para fabricar desde hachas de piedra pulida hasta terrazas agrícolas y de vivienda. Actualmente los diques de basalto proveen el material principal para el empedrado de las calles del pueblo. El sitio más frecuentado para la recolección de tal material está en las vecindades de la población de la Mina, en donde se hallan las piedras de basalto dispersas por sabanas y lomas.

Por esa dureza, se da una erosión diferencial entre el basalto azuloso de los diques y el granito arenoso del batolito;

situación que conforma una topografía muy característica de pequeñas mesetas de granito sostenidas entre los diques de basalto, y de valles aluviales relativamente anchos. El río Pontón en su cuenca media recorre largos trechos sobre roca "in situ"; en los sitios en donde el río corre a través de los diques de basalto se han formado grandes pozos, muy similares a las lagunas del páramo, escalonados uno tras otro.

Pero en donde los arroyos corren paralelos a los diques, las lomas están en su mayoría definidas por las "columnas vertebrales" que éstos proveen, y los cuales se pueden observar muy claramente debido a que el escaso manto vegetal de la zona deja expuesto en la superficie al material parental.

En la zona baja los valles aluviales están ubicados sobre depósitos sedimentarios de épocas recientes y en su mayoría son producto de los sucesivos deshielos de los glaciares durante el Cuaternario, es decir durante el último millón de años. Forman terrazas de épocas diferentes: las más altas son más antiguas y las menos productivas, mientras que las más bajas son más recientes, y aunque son bastante pedregosas, sus suelos son más productivos pues han recogido los nutrientes lavados de las zonas más altas y cuentan con una mayor disponibilidad de agua.

En la zona alta predominan rocas más jóvenes y estructuralmente mucho más complejas que el batolito de Atánquez. Estas forman una especie de muro de montañas de la población de Atánquez hacia arriba. El alto río Candela está conformado geológicamente por el lacolito de Atánquez, un pórfido granodiorítico hornbléndico emplazado durante el Plioceno (6 millones de años) entre el batolito de Atánquez

y las rocas volcánicas no-diferenciadas del alto río Chiscuinya.

La orientación del valle del alto río Candela parece estar influenciada por el rumbo de la prolongación de la Falla de Atimáqueo que se extiende hasta Nabusímake, en la parte central del macizo. El nombre Atimáqueo posiblemente deriva del sitio Ika llamado Atikímake y ubicado en el alto río San Sebastián o Fundación.

El lacolito de Atánquez se extiende hasta la parte media de la sub-cuenca del río Chiscuinya, abarcando la microcuenca de Guinqueka. Ya en la parte alta del Chiscuinya la estrechez de los arroyos parece estar relacionada con la presencia de fallas profundas, las cuales originaron la topografía caracterizada por caídas casi verticales desde los cerros más altos como El Peligro y Cunchuruba. Se trata de rocas volcánicas que incluyen ignimbritas brechosas y riolíticas, riodiacita porfirídica y otras rocas volcánicas extrusivas e intrusivas, de edad Jurásico-Cretácea (c. 135 millones de años), que se encuentran intercaladas en forma muy compleja.

5.1.4. Topoclimas: El macizo cuasi-triangular de la Sierra Nevada de Santa Marta es la montaña costera más alta del mundo. Se eleva casi hasta los 6,000 mil m.s.n.m., y en menos de 60 Km., desde el mar hasta los picos nevados.

Su ubicación a sólo 12° de latitud Norte permite que en sus tres caras se desarrollen casi todas las zonas de vida (Holdrige, 1978) de la montaña tropical: "Su ambiente fitotopográfico es muy diversificado y se encuentran sobre esta distancia muy variados cinturones horizontales y verticales de clima y vegetación, desde

la selva tropical baja, con temperaturas medias superiores a 28 C, a través de las selvas de montaña media y fría y el bosque de niebla, pasando por praderas y pajonales, hasta alcanzar las nieves perpetuas con las correspondientes temperaturas." (IGAC,1973).

La temperatura y la humedad dependen tanto de la altitud sobre el nivel del mar, como de la proximidad a la zona de nieve, de la exposición a corrientes frías que bajan por los valles y a los cálidos y secos vientos que suben por ellos, y de la orientación geográfica de las laderas respectivas. En consecuencia, es característica de la montaña tropical una altísima variabilidad vertical y horizontal de asociaciones vegetales y zonas de vida (Holdrige, 1978; Krogzemis, 1976).

5.1.5. El Régimen de Lluvias: Es de diferencias muy marcadas entre verano e invierno. Durante el año hay dos estaciones secas y dos lluviosas: El verano más fuerte dura desde diciembre hasta marzo, cuando comienza la primera estación lluviosa del año que se prolonga hasta finales de junio entonces entra el veranillo, que es seguido en septiembre por la segunda estación lluviosa que continúa hasta diciembre.

A pesar de que este patrón general ha sido muy estable en el pasado, en los últimos dos años han ocurrido los veranos más prolongados de los que se tenga noticia; en 1984 no se presentaron las estaciones de lluvia y el verano intenso se prolongó desde septiembre hasta julio, causando graves prejuicios entre la población de la Costa Norte del país.

Durante la principal estación seca, la vertiente Suroriental del macizo y el piedemonte de las vertientes Norte y Noroccidental

quedan expuestas a la secante influencia de los vientos alisios, que soplan de diciembre a marzo.

El Valle del río Candela está orientado de Este a Oeste, y su amplitud facilita la entrada de los vientos alisios del Nordeste. Recibe una larguísima insolación matutina, y en la tarde los cerros que se levantan a espaldas del pueblo de Atánquez extienden su sombra sobre él. Sólo en la cima del cerro El Peligro, que divide la cuenca del río Candela de la del río Guatapurí y que tiene zonas de condensación de humedad por encima de los 1.800 m.s.n.m., se presenta el bosque muy húmedo montano bajo (Holdrige, 1978) (Mapa 2).

Las lluvias ocurren generalmente en el alto río Chiscuinya, a la sombra de El Peligro, cuando las corrientes frías que descienden de la nevada por el valle del río Guatapurí, chocan con las masas de aire cálido que vienen ascendiendo por el valle del río Candela. Sin embargo, esta lluvia no siempre llega al pueblo, el cual parece estar ubicado en una "bolsa de calor" que logra desviar buena parte de las lluvias que logran penetrar en el valle del Candela.

La lluvia más frecuente es la que viene desde el Sur, transportada por nubes que suben por el valle del Cesar abrazadas al piedemonte de la Sierra, a veces esquivando a la población para introducirse en el valle del río Chiscuinya.

Otras lluvias vienen desde el mar; penetran por la Guajira, bajan por el valle del Cesar y se introducen al valle del río Candela por su extremo Nororiental (llamada lluvia de Patillal). A menudo éstas suben por el valle del río Pontón y se desplazan hasta la cuchilla del Potrero ubicada al Norte de

Atánquez, sin descargar agua en el alto Candela.

Este fenómeno de "bolsa de calor" sobre el alto y medio río Candela, parece ser consecuencia de la poca humedad que se recoge en la zona, la cual escapa por los boquetes que separan los cerros que conforman la divisoria de aguas entre las cuencas de los ríos Candela y Guatapurí. La escasa altura de los boquetes (menos de 1.800 m.s.n.m.) y la incidencia de los secos vientos alisios, ubican al valle del Candela, y al medio y bajo río Badillo, en una zona de humedad crítica.

5.1.6. Las Asociaciones Vegetales: El piedemonte de la Sierra Nevada se levanta abruptamente de la llanura del Caribe, y exceptuando algunos trechos en la vertiente Norte que están cubiertos de selva húmeda, está conformado por un bosque seco espinoso que pierde sus hojas durante el largo y seco verano y el cual tiene franjas de bosque seco tropical a lo largo de los cursos de agua y en las laderas protegidas del viento.

El bosque seco espinoso va tornándose en bosque seco tropical en cual predomina hasta aproximadamente los 1.000 m.s.n.m., con sus típicos árboles gigantes, como el caracolí y el higuérón. De ahí para arriba predomina el bosque húmedo, pasando por el bosque de niebla hasta los límites del páramo, entre los 3.500 y 4.000 m.s.n.m., para luego alcanzar las nieves perpetuas, que alimentan los ríos que nacen en la Sierra.

Aunque esta zonificación es válida para las vertientes Norte y Suroccidental, varía para la vertiente Suroriental: allí las sabanas y lomas pajizas se extienden a veces hasta los 2.000 m.s.n.m. dándole a esta vertiente un aspecto muy particular,

producto de los vientos, el sobrepastoreo y las quemas.

En el valle del río Candela sólo se presentan tres asociaciones vegetales (Holdrige, 1978) (Mapa 2):

5.1.6.1. Bosque Seco Tropical (BSt): predomina en la zona baja del área de estudio; tiene una temperatura media superior a los 24°C y un promedio anual de lluvias entre 500 y 1000 mm.³.

La vegetación natural de esta asociación ha sido muy destruída por el sobrepastoreo de los animales, las quemas y la extracción de madera para leña y postalería. Estas prácticas han degradado los terrenos hasta transformarlos casi todos en zonas improductivas y desérticas. En las pedregosas y erodadas lomas predomina el peralejo (*Curatella americana*), único árbol que resiste las quemas periódicas.

A continuación se enumeran las especies más comunes de la región, tomando como criterio de agrupación el posible uso que éstas puedan tener en la arborización de la cuenca del río Candela:

a) En los CAUCES DE AGUA se hallan, posiblemente con función protectora, los siguientes árboles:

Guamo de río	(<i>Pithecelobium longifolium</i>)
Caracolí	(<i>Anacardium excelsum</i>)
Algarrobo	(<i>Hymenaea courbaril</i>)
Orejero	(<i>Enterolobium cyclocarpum</i>)
Camajón	(<i>Sterculia apetala</i>)

b) Entre los ARBOLES MADERABLES están:

Corazón fino	(<i>Platymiscium pinatum</i>)
Quebracho	(<i>Astronium graveolans</i>)
Roble	(<i>Tabebuia pentaphylla</i>)

Puy	(<i>Tabebuia crisotricha</i>)
Cañahuate	(<i>Tabebuia Chrisanta</i>)
Morito	(<i>Clorophora tingtorea</i>)
Granadillo	(<i>Rubiaceae</i>)
Jamanares	(<i>Cassia grandis</i>)

c) Los FRUTALES más comunes son:

Mango	(<i>Mangifera indica</i>)
Piña	(<i>Ananas comosus</i>)
Papaya	(<i>Carica papaya</i>)
Tamarindo	(<i>Tamarindus indicus</i>)
Mamey	(<i>Mammea americana</i>)
Zapote	(<i>Matisia cordata</i>)
Guayaba	(<i>Psidium guayaba</i>)
Coco	(<i>Cocos sp.</i>)
Perehuétano	(<i>Moquilea sp.</i>)
Níspero	(<i>Achras zapota</i>)
Cotoprix	(<i>Talasia olivaeformis</i>)
Ciruella	(<i>Spondias sp.</i>)
Tuna	(<i>Opuntia sp.</i>)
Algarrobo	(<i>Hymenaea courbaril</i>)
Anón	(<i>Annona sp.</i>)
Uvita	(<i>Cavendishia sp.</i>)
Jamanares	(<i>Cassia grandis</i>)
Café	(<i>Coffea arabica</i>)
Corozo	(<i>Palmaceae</i>)

d) Las principales PLANTAS CULTIVADAS son:

Guineo	(<i>Musa sapientium</i>)
Plátano	(<i>Musa paradisiaca</i>)

natural a lo largo de los cauces de agua.

a) A lo largo de los CAUCES DE AGUA crecen principalmente las siguientes especies:

Yareno	(Rhus toxicodendron)
Guayabito morado	(Mirtaceae)
Yarumo	(Cecropia sp.)

Además de los árboles son muy necesarios los musgos y otras plantas rastreras, como el envuelve jabón (?), el dugao o palma de iraca y la cola de caballo, que ayudan a capturar el agua para que ésta pueda penetrar en el suelo y en las rocas subyacentes, y por ese medio llegar a los manantiales que brotan más abajo.

b) Los principales FRUTALES son:

Aguacate	(Persea americana)
Naranja	(Citrus sinensis)
Papaya	(Carica papaya)
Limón	(Citrus limonia)
Lima	(Citrus aurantifolia)
Toronja	(Citrus grandis)
Guanábana	(Annona muricata)
Guama	(Inga sp.)
Sazao	(Hirtella ?)
Granadilla	(Passiflora sp.)
Mora	(Rubus spp.)
Manzana serrana	(Lucuma syn. arhuacoensium Karsten)

c) Muchas de las PLANTAS CULTIVADAS en esta zona media también se cultivan en zonas mas bajas y mas altas pero con variaciones en las épocas de siembra y cosecha; entre ellas están:

Plátano Dominicó	(Musa paradisiaca var.)
Plátano Maritú	(Musa paradisiaca var.)
Plátano Filipita	(Musa paradisiaca var.)
Guineo Sentao	(Musa sapientium var.)
Guineo Rosa	(Musa sapientium var.)
Guineo Criollo	(Musa sapientium var.)
Guineo Niño	(Musa sapientium var.)
Guineo Emperatriz	(Musa sapientium var.)
Guineo Largo	(Musa sapientium var.)
Yuca Negrita	(Manihot dulcis var.)
Yuca Amarilla	(Manihot dulcis var.)
Yuca Sitete	(Manihot dulcis var.)
Yuca Blanca	(Manihot dulcis var.)
Yuca Culo aguado	(Manihot brava)
Malanga	(Xanthosoma sp.)
Batata	(Ipomea batatas)
Ñame	(Dioscorea alata)
Perico	(Marantha) (arundinacea ?)
Maíz	(Zea mays var.)
Guandul	(Cajanus indicus Cajanus cajan L.)
Caña de azúcar	(Saccharum officinarum)
Calabaza	(Cucurbita pepo)
Ahuyama	(Cucurbita sp.)
Patilla	(Citrullus vulgaris Schrad.)
Berenjena	(Solanum melongena var.)
Tomate	(Lycopersicon sp.)
Lechuga	(Lactuca sativa L.)
Habichuela	(Vicia faba ?)

Frijol negro	(Phaseolus vulgaris var.)
Frijol cuarentano	(Phaseolus vulgaris var.)
Frijol rojo	(Phaseolus vulgaris var.)
Juan pobre	(Phaseolus sp.)
Frijol macuío	(Dolichos labab L.)
Achiote	(Bixa orellana)
Ajengibre	(Zingiber officinale)
Café	(Coffea arabica L.)
Pimiento dulce y picante	(Capsicum frutescens var.)

d) Para las CERCAS VIVAS se utilizan:

Matarratón	(Gliricidia sepium)
Higuito	(Ficus sp.)
Mango	(Mangifera indica)
Guásimo	(Guasuma umilobia)

e) En este piso los principales ARBOLES MADERABLES son:

Quina	(Chinchona sp.)
Laurel serrano	(Nectandra sp.)
San Matías	(Guarea trichiloides)
Guayabo serrano	(Mirtaceae)
Yargundo	(Mircia popayanensis)

5.1.6.3. Bosque Húmedo Montano Bajo (Bhmb): Se encuentra únicamente en la cima del cerro El Peligro, la parte más alta de la cuenca del río Candela. Por encima de los 2.000 m.s.n.m. la temperatura más baja propicia una mayor humedad. Gracias a una topografía muy empinada que dificulta la agricultura, en las cabeceras del río Chiscuinya se mantiene una considerable cobertura boscosa.

Esta zona es óptima para hacer bosques de protección por su

alta captación de humedad y retención de agua lluvia, lo cual ayuda a regular el caudal de los ríos, contribuyendo a impedir las inundaciones en los cursos bajos de los ríos y a mantener los manantiales húmedos durante el verano con sus aguas subterráneas.

El Piso Montano Bajo tiene su límite climático de temperatura entre los 12° C y la "línea de escarcha", con un promedio anual de lluvias entre los 1.000 y 2.000 mm.³ anuales, y alturas que van de 1.900 a 2.900 m.s.n.m.

a) Los principales ARBOLES MADERABLES que crecen en este piso en la cuenca del río Candela son:

Momones	(Weinmania pubescens)
Curará	(Nectandra sp.)
Laurel ojo de luna	(Nectandra sp.)
Malambo blanco	(Drymis granatensis)
Tospecia	(?)

b) Como FRUTALES están:

Kanji	(Lecitidaceae)
Palmito	(Sabal mauritiformi)
Chirimoya	(Annona cherimolia)
Aguacate	(Persea americana)
Granadilla	(Passiflora sp.)

c) Entre los CULTIVOS que mejor se dan en este piso climático están:

Arracacha	(Arracacia xanthorrhiza)
Papa	(Solanum tuberosum)
Calabaza	(Cucurbita pepo)
Cebollín	(Allium sp.)

Cebolla	(<i>Allium cepa</i>)
Ajo gigante	(?)
Col	(<i>Brassica oleracea</i> L. var.)
Frijol indio	(<i>Phaseolus vulgaris</i> var.)
Frijol quiebra vara	(<i>Phaseolus vulgaris</i> var.)
Maíz kariako	(<i>Zea mays</i> L. var.)
Guineo criollo	(<i>Musa sapientium</i> L. var.)
Guineo rosa	(<i>Musa sapientium</i> L. var.)
Guineo maritú	(<i>Musa sapientium</i> L. var.)

5.1.7. Fauna : En la Sierra Nevada de Santa Marta, la fauna, aunque muy variada no es muy abundante. Sin embargo, los cronistas (de la Rosa, 1741/1833; Restrepo Tirado, 1929/1975) mencionan numerosas manadas de diversas especies de las cuales hoy sólo quedan pequeños reductos en el macizo. En las cuencas de los ríos Guatapurí y Badillo se observan hoy muy pocos mamíferos y los que aún sobreviven están siendo aceleradamente reducidos por la desaparición de su habitat, el bosque, y por la persecución del hombre, ya sea para comer, para proteger los cultivos y hatos y hasta por mera ociosidad.

Es importante anotar que en la montaña tropical buena parte de la fauna, especialmente las aves y los monos, se desplazan entre los diversos topoclimas a lo largo de año, siguiendo la fructificación y el rebrote de los frutos y hojas de los cuales se alimentan. En la cuenca del río Candela únicamente queda un bosque de tamaño suficiente para albergar una familia de monos colorados (*Alouatta seniculus*) que se alimenta de los inmensos higuerones del Bosque Montano Bajo en las laderas del Cerro El Peligro.

También se ha reportado una manada de sainos (Pecari tajacu) en la misma zona en los últimos años, pero en general las personas mayores de la población de Atánquez aseguran que en el último medio siglo el incremento poblacional, el deterioro de los suelos cultivables y la deforestación persistente, han ejercido una gran presión sobre la fauna de toda la región, llevándola casi al exterminio.

a) Entre los principales MAMIFEROS HERBIVOROS aún se encuentran algunos individuos de las siguientes especies:

Cauquero	(Mazama americana)
Venado	(Odocoileus virginianus)
Saino	(Pecari tajacu)
Manao	(Tayassu pecari)
Guatinaja	(Agouti paca)
Manchángala o ñeque	(Dasyprocta variegata)
Chucha	(Didelphis marsupialis)
Ardita	(Sciurus granatensis)
Danta	(Tapirus terrestris colombianus)
Conejo	(Sylvylagus floridianus sp.)
Chigüiro o ponche	(Hydrocaeris hydrocaeris)
Mapurito o zorrillo	(Vulpes sp.)
Murrito	(?)
Oso hormiguero	(Myrmecophaga jubata)
Mono aullador o colorado	(Alouatta seniculus)
Mico o maco	(Cebus capucinus)

Reichel (1968) menciona la existencia de marimondas (Ateles belzebuth) y su utilización como alimento a principios de la década del cincuenta en la región de Atánquez. Actualmente

sólo se reporta la presencia de algunos individuos en áreas remotas del Valle del Cesar.

b) Entre los MAMIFEROS CARNIVOROS de la región se cuentan los siguientes:

Jaguar o tigre pinta menuda	(Panthera onca)
León colorado (puma)	(Leo sp.)
Tigrillo	(Tigris sp.)
Onza (gato pardo?)	(?)
Zorro gangarro	(?)
Zorra azul	(?)
Perro de agua (nutria?)	(Lutra sp.)
Comadreja	(Mustela nivalis)

c) Otras especies que se recolectan en la localidad incluyen:

Puerco espín	(Coendu prehensilis)
Armadillo o gancho	(Dasypus Novemcinctus)
Hormigas din	(Atta sp.)
Caracoles	(?)
Gusanos	(Calandra palmarum)
Cangrejo	(Potamon fluviatilis)
Morrocón	(Testudo denticulata)

d) Entre los SAURIOS son muy apetecidas como alimento las iguanas, razón por la cual en los alrededores de la población han sido exterminadas. En el Valle del Cesar, sin embargo, aún son bastante numerosas, llegando a convertirse en plaga del algodón.

La recolección de iguanas y sus huevos aún es una actividad económica estacional de importancia para indígenas y mestizos, quienes bajan en grupos durante ciertas épocas del año para

cazarlas en el Valle del Cesar. Es de esperarse que la creciente demanda por iguanas y sus huevos pueda poner en peligro la especie, por lo que sería de mucha importancia experimentar con criaderos de iguana para surtir la demanda de la población humana por este alimento rico en proteínas y grasas, y que actualmente esta recuperando el prestigio cultural que había perdido durante varias décadas.

A diferencia de las iguanas, son muy comunes en las viviendas de la región varias clases de saurios y anfibios que ayudan a controlar la multiplicación de insectos nocivos para el hombre; se trata de los machorritos (pequeñas lagartijas), las ranas, los sapos, los lobos (Tupinambis nigropunctatus) y las tukekas (las salamandras que menciona Mutis?). Estas últimas son objeto de muchos temores y mitos en esta región de la Costa Atlántica, debido a que se trata de una salamandra venenosa que segrega una sustancia tóxica como defensa contra posibles agresores.

d) Según Reichel y Dussán (1961), hasta hace unos veinticinco años también la PESCA en los ríos cercanos, Candela, Badillo y Guatapurí, era una actividad económica estacional de gran importancia. Sin embargo, la sobre-explotación persistente y la contaminación de los ríos en sus cauces bajos, así como la reducción de muchos caudales y la alta sedimentación en las ciénagas y esteros, han llevado a la desaparición de muchos sitios adecuados para el desove de los peces, y a la consecuente reducción de la población ictiológica.

Durante el verano al recogerse los peces en los pozos, salían varias familias con provisiones para varios días y

acampaban a lo largo de los ríos, pescando. Entre otros se pescaban besote, ventura, dorado, lamprera (sic. lamprea?) bocachico, sardinata y bagre. Actualmente la pesca es una actividad esporádica realizada únicamente por los hombres y la demanda de la población por el apetecido pescado se surte en los mercados de Valledupar.

Para la pesca artesanal aún se utiliza el barbasco (*Tephrosia toxicaria*), la angiga o savia del maquey y las hojas del higuerón; estas se machacan con piedras y se meten en un mochilón de fique, el cual se deposita dentro del pozo escogido en la salida del pozo se hace una troja de piedra o madera para recoger el pescado muerto. A pesar de que casi han desaparecido los peces de los ríos, el pescador sigue utilizando esta nociva práctica del barbasco, la cual acaba con peces grandes y pequeños, muchos de los cuales no han cumplido aún su ciclo reproductivo.

e) La avifauna de la región sí parece ser más abundante, aunque no menos perseguida. Las aves más comunes en esta región del Suroriente de la Sierra Nevada de Santa Marta son colibríes, pavas, guacharacas, palomas (la mona, kukuna, torcaza, turkutú, tapatierra, cordonera, y collareja), gavilanes (javao, sikikire, pollero), el chuano, el pájaro ardita, el guasalé o tucán (tanto el negro de pico amarillo, como el verde o cafetero), la guatapana o carpintero rey, el quanduchusco, el turpial, la palguarata o sinsonte, el barranquero, los canarios y azulejos, los sipipires (flycatchers), toches, oropéndolas y cotorras, entre muchos otros. Muchas de estas aves, en especial las palguaratas, los toches, los turpiales y las cotorras son muy

perseguidas durante la primavera cuando están empollando pues en todo el país existe una demanda continua por este tipo de aves de bello canto y plumaje; actividad que ha contribuido a diezmar la avifauna de la región.

Las principales aves carroñeras son los goleros o cātanejas y los buitres. En los últimos años se reportó la presencia de cóndores en la cima del Cerro de las Palomas sobre la cuenca del río Guatapurí (Guillermo Silva, com. pers.). Este informe fue corroborado cuando esta investigadora observó cóndores en la cuenca media del río Guatapurí (entre Chemesquemena y las Dos Bocas). Los habitantes de la región los denominan como buitres pero la presencia de plumaje blanco en la parte superior de las alas de estas aves, sugieren que en verdad se trata de cóndores.

La distribución vertical de los recursos en la montaña tropical, no sólo inciden en el patrón de asentamientos humanos, sino también en los ritmos de la movilidad de las aves en busca de frutos maduros. Esta situación ha sido fuente de inspiración para una tradición oral ligada con el trabajo de la tierra: dicen en Atánquez, que durante la primavera, es decir, del 20 de marzo en adelante, las aves llegan de los pisos más altos y húmedos en donde han pasado el verano. Se dice que la paloma kukuna viene de diciembre a enero a socolar (a tumbar el bosque para sembrar); y que luego llega la tijereta, en marzo, a quemar y a sembrar, para retornar a lo alto durante la estación seca.

5.1.7.1. Los animales que se enumeran todos tienen sus enemigos naturales; en el Cuadro #1 se proponen algunas CADENAS ALIMENTICIAS que se pueden ir complementando e imitando con

base en el conocimiento práctico que tienen las comunidades acerca de las relaciones entre los diversos animales y del habitat en que se desenvuelven. Los niños campesinos son grandes conocedores de los hábitos de los animales domésticos y silvestres que viven en la región, por lo que pueden aportar información muy importante a los maestros para la adecuación de los contenidos curriculares a la región de Atánquez.

5.2. PERSPECTIVA HISTORICA DE LA REGION

5.2.1. Etapa Pre-Hispánica: El aislamiento geográfico de la Sierra Nevada de Santa Marta le ha imprimido también un cierto aislamiento a las formas biológicas y culturales que allí se desenvuelven, situación que parece haber existido desde tiempos muy remotos (Reichel y Dussán, 1961).

El imponente macizo debió ser visto por grupos cazadores y recolectores de moluscos quienes se movían a lo largo del litoral y quienes probablemente no se adentrarían mucho en la cerrada montaña; luego durante la Etapa de Selva Tropical por las tribus migrantes, cultivadores de yuca, pescadores de agua dulce y cazadores de reptiles, quienes se concentraron a orillas de ciénagas y ríos. Parece que no fué sino hasta la introducción del maíz cuando los agricultores se adentraron en el quebrado territorio de las cordilleras.

La ubicación de la Costa Atlántica colombiana en las puertas de Suramérica, y de la Sierra Nevada en el cruce de caminos de migraciones procedentes de Centroamérica y del Orinoco por vía de Maracaibo,; así como su riqueza biológica e

hídrica, hicieron del macizo un sitio adecuado para el asentamiento de agricultores de maíz y yuca. Los restos de sus antiguas culturas han sido hallados en muchos sitios esparcidos por los valles y cerros. Desde tuestos de cerámica, petroglifos y entierros, hasta los restos de enormes complejos arquitectónicos con sistemas de caminos y terrazas de cultivo, construidos todos en piedra, son testimonio de que desde tiempos muy remotos el hombre escogió la Sierra Nevada como sitio de asentamiento.

Sin embargo, los arqueólogos aún no han logrado establecer toda la secuencia temporal de estas culturas, siguiéndolas a lo largo del tiempo y el espacio desde sus más remotos principios. La mayoría de los vestigios estudiados hasta ahora en la Sierra Nevada datan de épocas relativamente recientes, en las cuales se manifiesta una cultura altamente desarrollada, la Tairona, de cuyas fases tempranas se conoce aún muy poco.

Es necesario situar a la Sierra Nevada en el contexto más amplio de toda la Costa Atlántica colombiana para comprender la forma como se desarrollaron y cambiaron las relaciones entre el hombre y la naturaleza a través de la historia de la región, en la medida en que la tecnología y el desarrollo de formas de organización más complejas permitieron la utilización de nuevos territorios y recursos.

Este recuento arqueológico se basa principalmente en Reichel Dolmatoff (1950), Reichel y Dussán (1961), Reichel-Dolmatoff (1978), Chávez Mendoza (1980) y Patiño (1977), y pretende ofrecer al docente una fuente de información sobre las relaciones hombre-medio ambiente a lo largo del tiempo en la

región de Atánquez en particular, y de la Sierra Nevada en general.

5.2.1.1. Período Lítico: Los primeros hombres que llegaron a lo que es hoy Colombia, entraron por el Darién, procedentes originalmente de las primeras olas migratorias que cruzaron el Estrecho de Berhing de Asia a América, durante las máximas extensiones de los glaciales (40.000-50.000/28.000-10.000 A.C.).

Parece que para los años 13.000 o 14.000 antes de Cristo la mayoría de los grupos humanos que habían penetrado se hallaban relativamente bien adaptados al medio ambiente diversificado que quedaba tras el retiro de los glaciales.

Aunque la mayoría de los restos de este período que han sido estudiados se hallaron en el altiplano Cundiboyacense y en el Valle del Magdalena, también hay algunos vestigios en la región de la Costa Atlántica.

En el alto río Sinú se hallaron restos de ingresos tempranos que aprovecharon la caza de los densos bosques y la pesca de los abundantes ríos; efectuaron campamentos estacionales dispersos y dejaron como testigos de su paso los raspadores y las navajas de piedra que seguramente utilizaron para cortar y desescamar el pescado y pequeños cantos rodados con cintura, que pudieron ser utilizadas como pesas para redes.

5.2.1.2. Período Arcaico: La evidencia arqueológica parece indicar que con el paso del tiempo los cazadores y recolectores fueron acumulando múltiples conocimientos acerca de las plantas y los animales de los cuales dependían para su supervivencia y del habitat en el que se desenvolvían. Entre el séptimo y el tercer milenio antes de Cristo parece

haberse dado una diversificación cada vez mayor de los recursos utilizados.

Hacia el tercer milenio comienzan a predominar los asentamientos humanos en sitios costeros, generalmente ubicados en las desembocaduras de los grandes ríos al Mar Caribe, en donde el hombre podía aprovechar tanto la riqueza ictiológica marina, como la abundante fauna ribereña de tortugas, iguanas y saurios, aves, monos, roedores, dantas y venados.

Elemento básico de la dieta parecen haber sido los moluscos cuyas conchas forman enormes montículos que eran aplanados periódicamente para levantar encima de ellos las nuevas viviendas, haciendo de los concheros, algunos hasta de ochenta metros de diámetro, el testimonio arqueológico más común de este período.

En PUERTO HORMIGA, sobre el Canal del Dique en el Departamento de Bolívar, los arqueólogos Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán de R., excavaron un inmenso conchero que contenía abundantes vestigios culturales como herramientas líticas y fogones, así como la cerámica más antigua de América, fechada en 3.100 antes de Cristo.

Según Reichel, estos grupos tenían una notable dependencia de alimentos vegetales, ya que aunque los restos vegetales no perduran, los artefactos que se utilizan para prepararlos son comunes entre los restos arqueológicos: se trata de piedras con pequeñas depresiones ovaladas que pudieron servir de yunque para quebrar semillas duras, así como unas placas de piedra arenisca y granulosa, que parecen haber sido utilizadas para moler o triturar algún material relativamente blando como semillas,

tallos verdes o raíces (Reichel-Dolmatoff, 1978,p. 49; Chávez Mendoza, 1980,p. 6).

5.2.1.3. Período Formativo: (desde los comienzos de la vida sedentaria, hasta el desarrollo de la agricultura y las aldeas o Etapa de Selva Tropical): Según la evidencia arqueológica con la que contamos, hasta principios del primer milenio antes de Cristo, estos cazadores, pescadores y recolectores siguieron ocupando estacionalmente los sitios de recolección y pesca, continuando su modo de vida semi-nómada entre los sitios en donde se hallaban los recursos de los cuales dependían durante las diversas épocas del año, tejiendo cestos y desarrollando nuevas formas en la cerámica. A esta última incorporaban representaciones de las aves y los reptiles que les eran familiares.

Ya para el primer milenio antes de Cristo, esta semi-sedentarización sin agricultura a lo largo del litoral, parece estabilizarse a raíz de la migración, desde el Amazonas y el Orinoco, de grupos que traían el cultivo de la yuca como base económica de esta ETAPA DE SELVA TROPICAL.

La Llanura del Caribe, con sus lagunas y esteros, sus ríos y colinas, ofrecía ricos y variados recursos para culturas con equipajes tecnológicos incipientes, pero ricos y variados. Es una región propicia para el cultivo de raíces, la explotación de palmas, la pesca, la caza y la recolección de moluscos ofrecía un variado espectro de sistemas ecológicos contiguos como: playas, sabanas, bosques, ciénagas y ríos, combinando múltiples ventajas que hacían de ella un habitat ideal para el desarrollo de la horticultura.

La yuca por su parte, tiene características especiales que seguramente influenciaron su escogencia para el cultivo: se siembra fácilmente por el sistema de esqueje (sembrando una rama pequeña), no necesita de grandes cuidados para su crecimiento, soporta bien las plagas y los veranos, da un buen rendimiento y además crece desde tierras bajas hasta los climas medios (Chávez Mendoza, 1980, p.9).

En MALAMEO, fechado en el año 1.000 A.C., el arqueólogo Carlos Angulo Valdés, encontró restos de unos platos pandos llamados budhares, los cuales tienen unos 60 cm. de ancho, y debieron utilizarse para la fabricación de la harina de yuca; para entonces parece que los moluscos habían perdido importancia en la dieta, aunque abundaban en los alrededores.

Con Malambo se inicia un cambio en el patrón de asentamientos que indica un alejamiento del mar y los esteros y una tendencia hacia la vida lacustre, con una manifiesta dependencia de los recursos de los bosques secos y de las colinas adyacentes a las ciénagas. También la fauna del ambiente marino, como las grandes tortugas de mar y moluscos, peces y crustáceos marinos, es reemplazada por una fauna de agua dulce, en la cual predominan los reptiles (tortugas de río y tierra, caimanes y babillas, iguanas y lagartos), los mamíferos grandes como el manatí, la danta y el venado, peces de agua dulce, así como moluscos lacustres (ostras y almejas) y caracoles de tierra (Reichel-Dolmatoff, 1978, p. 58).

Según Reichel, la estabilidad de estas aldeas estaba muy influenciada por las migraciones de las diversas especies de peces: el jurel, el róbalo, la corbinata, el sábalo y otros

peces marinos, al igual que los de agua dulce como la dorada, el bocachico, el bagre y la picuda entre otros, que suben anualmente a desovar en las ciénagas por los ríos y caños.

La calidad de los suelos también afectaba la estabilidad de las aldeas, ya que si bien los arenosos suelos costeros eran propicios para cultivar la yuca, las orillas de las ciénagas y los ríos ofrecían ricas tierras aluviales húmedas e irrigadas por las crecientes anuales, y con ello la posibilidad de desarrollar una agricultura cada vez más eficiente.

La concentración en las orillas de ciénagas y ríos trajo consigo una reorientación hacia el interior del territorio, siguiendo los valles del Sinú, el Cauca y el Magdalena, en donde se establecieron contactos con otros cultivadores de selva tropical, que posiblemente estaban aún muy relacionados con los desarrollos en las hoyas del Orinoco y Amazonas, de donde parece haber venido en un principio el cultivo de la yuca (Chávez Mendoza, 1980, p. 9; Reichel-Dolmatoff, 1978, p. 59).

Los restos de esta etapa lacustre y ribereña se encuentran desde el Golfo de Urabá hasta la Guajira y Maracaibo. Un yacimiento arqueológico de gran importancia es MOMIL, ubicado en la ciénaga grande del río Sinú. Su profunda acumulación de restos de cerámica, piedra, hueso y concha muestra el paso del cultivo de la yuca al del maíz.

Los niveles más antiguos, y por lo tanto más profundos de Momil, están fechados en 1.900 A.C. Contienen restos de budhares, como también numerosas esquirlas pequeñas de piedra, que probablemente estaban incrustadas en tablas para funcionar como "rallos", esenciales en la preparación de raíces. Además de

estos indicios de agricultura de yuca, se encontraron huesos de mamíferos, aves acuáticas y reptiles, así como muchos fragmentos de concha de tortuga de agua dulce, todo lo cual parece indicar que la laguna proveía las proteínas básicas, mientras que la yuca aportaba los carbohidratos (ibid.).

La segunda, y cronológicamente más reciente fase de la secuencia de Momil, fechada en 170 A.C., muestra un cambio muy significativo: a medida que van disminuyendo los budhares, se van tornando más comunes los metates y las manos de moler, estos últimos considerados por los arqueólogos como indicadores del cultivo del maíz.

Esta transición del cultivo de raíces al cultivo de maíz implica un cambio en los procedimientos agrícolas, es decir, de la reproducción por tallos a la siembra de semillas también implica mayores conocimientos acerca de los suelos adecuados para el nuevo cultivo; sobre la selección de semillas, los ciclos de crecimiento, de su relación con la periodicidad e intensidad de las lluvias, y muchos factores más.

Los arqueólogos creen (Reichel, 1978) que el paso de una horticultura de yuca a una de maíz, tuvo también una serie de implicaciones sociales: una de las hipótesis más generalizadas sostiene que el incremento de la producción de alimentos generada por el cultivo del maíz pudo desencadenar la formación de sociedades cada vez más jerarquizadas y estratificadas. Esto respondería al hecho de que, mientras que la yuca y el pescado difícilmente permiten la acumulación y el almacenamiento para su consumo futuro, el maíz, con dos y más cosechas anuales, produce gran cantidad de granos que son fácilmente almacenables

y que además constituyen un valioso artículo de comercio.

5.2.1.4. El Surgimiento de los Cacicazgos: En la segunda fase de Momil, y en una gran cantidad de sitios arqueológicos con fechas de alrededor del primer milenio antes de Cristo, que están ubicados desde el Golfo de Urabá hasta el río Ranchería, y que cubren las hoyas de los ríos Sinú, San Jorge, y la amplia región inundable del medio y bajo río Magdalena, se evidencia una incipiente pero creciente estratificación social y otros rasgos que sugieren una cierta especialización artesanal.

Se comienzan a notar diferencias en la calidad y cantidad de adornos personales y otros objetos en las figurillas y en los entierros de un mismo grupo, lo cual sugiere la existencia de grupos más importantes que otros al interior de cada asentamiento. La cerámica por su parte, adquiere un auge sin precedentes, así como la orfebrería y el trabajo en piedra, los cuales se van convirtiendo paulatinamente en el trabajo de especialistas.

Por otra parte, aparecen figurillas de barro, especialmente femeninas y antropozoomorfas, las cuales pueden estar relacionadas con actividades mágico-religiosas como ritos de fertilidad o de curación de enfermedades, y pueden ser indicativas de la aparición de chamanes, sacerdotes o mamos (Reichel-Dolmatoff, 1978).

En algunos casos las aldeas de estos agricultores y pescadores, constructores de canoas, se encuentran dispersas a lo largo de los ríos y ciénagas y en ocasiones concentradas en ciertas zonas, como en el Banco, Zambrano, Plato y Calamar. Estos últimos parecen haber prosperado mucho tiempo como

sitios de intercambio comercial entre los grupos de los ríos Sinú, San Jorge y bajo Magdalena con aquellos que ocupaban la Sierra Nevada de Santa Marta y los valles del río Cesar y del río Ranchería.

Otras veces estos complejos arqueológicos se ubican sobre las laderas y colinas de pequeñas serranías, fenómeno que indica un lento cambio en la pauta de asentamientos, invariablemente asociada con la presencia de metates y manos para moler el maíz, hecho que sugiere que la agricultura del maíz llevó a nuevas formas de adaptación y a la ocupación de nuevas tierras.

Pero el hecho de que la aparición del maíz fue relativamente súbita, y de que con éste llegó todo un ajuar de formas cerámicas nuevas, entre ellas las ollas globulares de gran tamaño que se usaban para guardar la chicha, y los pitos y sonajeros que parecen haber servido para fines rituales, sugiere que el cultivo del maíz pudo llegar como un rasgo cultural desarrollado, es decir, asociado con una serie de elementos nuevos, posiblemente de Mesoamérica (Reichel-Dolmatoff, 1965).

La aparición del cultivo del maíz en Colombia es muy tardía (200 A.C) en relación con datos del Ecuador (ca. 3.000 A.C.) y México (ca. 2.500 A.C.), y los arqueólogos sugieren varias explicaciones: a) es posible que las necesidades nutricionales de los agricultores de yuca, cazadores, pescadores y recolectores de la llamada Etapa de Selva Tropical, hayan sido satisfechas con una combinación de raíces feculentas, con proteínas y grasas animales; en tal caso el maíz no sería

esencial, sino más bien un complemento. En la medida en que fuese creciendo la población, con una eventual disminución de los recursos protéicos, es posible que se hubiese hecho necesaria la adopción del maíz como base de la alimentación.

b) Por otra parte, sabemos que alrededor del año 700 A.C. hubo un cambio climático que cambió el clima de seco a húmedo, propiciando mejores condiciones para la introducción del maíz y posiblemente afectando la productividad de la yuca (Reichel-Dolmatoff, 1978).

Es así como la evidencia arqueológica y paleoecológica indica, por ejemplo, que el valle del río Ranchería, que es hoy una zona muy árida, en tiempos pre-hispánicos debió tener abundante vegetación y una mayor frecuencia de lluvias; aún es posible observar los cauces secos por donde corrieron arroyos en el pasado, así como las depresiones donde hubo lagunas y pantanos. A orillas de las aguas se asentaron pueblos agricultores y pescadores, que dejaron profundas acumulaciones de residuos y restos de terrazas de vivienda y cultivo y quienes son conocidos como cultura Ranchería.

Las causas de la desaparición de la Cultura Ranchería antes de la llegada de los españoles, son muy controvertidas: algunos arqueólogos (Chávez, 1980; Reichel, 1978) sugieren que la aparición de grupos agricultores en la Sierra Nevada, como los llamados Taironas, pudo ejercer presión sobre las cabeceras de los ríos que bajan de la sierra, obligando a la migración de algunos grupos asentados en zonas de humedad crítica, como el valle del río Ranchería.

Sin embargo, es tan poco el conocimiento que tenemos acerca

de los procesos de desertificación por una parte, y de las formas y técnicas de uso del suelo que utilizaban tanto los Ranchería como los Tairona, que será necesario que los arqueólogos estudien más detenidamente las ecotécnicas y las formas de adaptación pre-hispánicas al habitat de la montaña tropical, a fin de esclarecer cual fué la incidencia del hombre en la desertificación del río Ranchería.

El desarrollo del cultivo del maíz permitió que los pobladores, hasta entonces dependientes de los recursos acuáticos y del cultivo de raíces, se retiraran de los ríos y buscaran las laderas del sistema andino. Al ocupar tierras tan accidentadas, los grupos tribales que antes habían preferido las grandes aldeas nucleadas, se dispersaron formando unidades sociales más pequeñas.

Al establecerse en la cordilleras, estos grupos encontraron un ambiente de gran complejidad ecológica, en el cual el área de captación de recursos tuvo que ser más grande que en las condiciones ecológicas anteriores. Según Reichel (1978), después de establecerse algunas aldeas en las zonas más productivas, se formaron alrededor de ellas pequeños centros satélites en diferentes zonas altitudinales y ecológicas.

Mientras en la fase anterior se utilizaba una serie de ecosistemas contiguos sobre un plano HORIZONTAL, en la etapa de penetración a las cordilleras, se desarrolló un patrón de asentamientos dispersos VERTICALMENTE, para aprovechar los recursos de diferentes pisos climáticos con aldeas ecológicamente especializadas.

Esto es resultado de que en la montaña tropical cada cien

conservar el suelo, pues asociados con los vestigios de antiguas viviendas y enterramientos, se encuentran los restos de líneas de piedras y algunos muros de contención perpendiculares a la inclinación del terreno, ubicados sobre las terrazas aluviales, y aprovechando los ricos suelos de aluvión.

En el valle del río Candela y a orillas de algunos de sus afluentes, como el arroyo Yargaka, el Avemaría, La Subida y Cabrito, así como a lo largo de algunos afluentes del río Radillo, como los ríos Dungakare y Potrero, son comunes los vestigios de tales trabajos de adecuación de suelos para cultivo, los petroglifos y antiguos caminos, además de sitios sagrados de pagamento de los indígenas.

Otra región de la Costa Atlántica en la cual se han encontrado vestigios arqueológicos importantes, es la zona entre el bajo Magdalena y la hoya del río San Jorge, conocida como la depresión Momposina. Allí se trata de imponentes obras hidráulicas de la cultura Zenú durante las etapas tempranas del surgimiento de los cacicazgos.

El impacto que la naturaleza, y en especial la fauna, tuvo sobre la cultura Zenú, determinó su creatividad. En efecto, la gran cantidad y variedad de figuras animales representada en el arte de los Zenues, evoca la exuberancia de un territorio pródigo en especies, en donde el hombre aun se sentía hijo de la naturaleza y hermano del manatí. Estas condiciones vitales, ricas y variadas, dieron origen a una equilibrada interrelación entre las sociedades prehispanicas de la depresión y el medio ambiente acuático que les sirvió de sustento.

Bien sabían los zenues que para vivir en una tierra colmada

metros más de altura equivalen, en general, a un grado centígrado menos en temperatura, lo cual a su vez, incide sobre el número de cosechas anuales de maíz, yuca y otros cultivos, así como sobre los calendarios de cosecha.

Por otra parte, los indígenas fueron aprendiendo con la experiencia que la productividad del maíz dependía de la combinación de ciertos factores que sólo se encuentran en algunos sitios; el maíz no sólo necesita suelos muy ricos en nutrientes; también es muy exigente en lluvia y sol, especialmente durante la primera fase de su crecimiento y durante la espigada, por lo que una distribución pareja y predecible de las lluvias es esencial.

Dado que tales condiciones estarían restringidas a algunas zonas en el quebrado territorio de las cordilleras, la búsqueda de las mejores tierras debió ser un estímulo permanente para la expansión de la colonización maicera; una vez que un grupo tomó posesión de alguna región favorable, debió estar preparado para defenderlo contra posibles invasores. Se cree entonces que la aparición de grupos de guerreros especializados al interior de las sociedades cultivadoras de maíz respondió a la necesidad de defender las tierras adecuadas para el cultivo intensivo del maíz (Reichel, 1978).

Entre estos agricultores aldeanos se encontraban los grupos del alto río Cesar; sus vestigios han sido hallados en el piedemonte Suroriental de la Sierra Nevada en los cursos medio y bajo de los ríos Varcino, Badillo, Guatapurí, Sucarabuena y Ariguaní entre otros.

Estos agricultores parecen haber reconocido la importancia de

quienes , según la evidencia arqueológica y etnohistórica, comenzaba a surgir una incipiente organización estatal.

A diferencia de los cacicazgos, en donde, según los arqueólogos, la cohesión política se limitaba a una hoya hidrográfica o a una zona restringida en la cual una aldea principal coordinaba y dominaba algunas poblaciones satélites ubicadas en diferentes nichos ecológicos, parece ser que las federaciones de aldeas taironas, muiscas y zenúes estaban sometidas bajo la autoridad de jefes que ejercían funciones políticas, administrativas y aún religiosas, sobre regiones más amplias.

El desarrollo de tales federaciones de aldeas encauzó el proceso de estratificación social hacia una sociedad de clases (Reichel, 1978, p. 91) en la cual los factores económicos adquirirían más importancia que los factores de rango individual, como había ocurrido en los cacicazgos. Los grandes jefes pertenecían ahora a la alta jerarquía sacerdotal y militar, lo cual, según Reichel (p.91), podía llevar a la constitución de un "gobierno" claramente definido, y diferente de la autoridad difusa de los cabecillas y jefes guerreros de los cacicazgos.

De otra parte, se consolidó una importante clase de artesanos y comerciantes que por intermedio de amplias relaciones intertribales, se constituían en agentes muy activos del intercambio cultural.

La agricultura se intensificó a raíz de la construcción de obras públicas de control hidráulico y de adecuación de tierras, como terrazas de cultivo y sistemas de riego, por la especialización en el cultivo de plantas de alto contenido

de recursos pero periódicamente inundadiza, debían ajustar su tecnología y sus actividades a los ritmos que esta imponía. Heredaron de los primeros cazadores y pescadores los secretos del agua y del bosque, pero como eran cultivadores de yuca y tenían muchas bocas por alimentar, se organizaron para construir grandes camellones que les permitieran cultivar durante el invierno por encima del nivel de inundación de las aguas, mientras aprovechaban las zanjas que los separaban como estanques picícolas.

Dejaron como testimonio de su grandeza unas 300.000 hectareas de terrenos adecuados en la cuenca del río San Jorge, entonces llamado río Xegu. Estas han sido registradas por el geógrafo Parsons (1966; 1970), el etnohistoriador Le Roy Gordon (1957) y las arqueólogas Plazas y Falchetti (1981).

Paradójicamente, estas obras de adecuación, las más extensas en el continente, no están asociadas con grandes centros aldeanos y parecen ser anteriores al advenimiento de los cacicazgos, posiblemente contemporáneas con Malambo (Angulo Valdés, 1981; Reichel, 1978, p. 83), y la Etapa de Selva Tropical ya mencionada. Estos desarrollos tempranos sentaron las bases para el posterior surgimiento de la Cultura Zenú, posiblemente una de las más avanzadas en su nivel de organización, junto con los Muisca del altiplano Cundiboyacense y los Taironas de la Sierra Nevada de Santa Marta, a la llegada de los Españoles.

5.2.1.5. Las Federaciones de Aldeas: Tres grandes complejos culturales sobresalen entre la gran variedad de cacicazgos y sociedades tribales: los Tairona, los Muisca y los Zenú, entre

nutricional, como la papa y el maíz, con variedades de alto rendimiento.

Parece ser que los llamados TAIRONA eran sólo una de varias tribus que ocupaban la Sierra Nevada o también pudo ser una denominación común para varias tribus para los indígenas Ika, kogui y wiwa la palabra "terunna" significa "los antiguos" o "los de antes". En verdad, los arqueólogos todavía no han podido definir exactamente quiénes eran los tairona.

Según las crónicas de la época de la conquista y los vestigios arqueológicos que se han adjudicado a la llamada "cultura tairona", éstos habitaban en las hoyas de los ríos Don Diego, Palomino, Buritaca y Guachaca, y en la cuchilla de San Lorenzo. Cuando terminó la conquista española se comenzó a llamar tairona a todos los indios de las vertientes Norte y Occidental de la Sierra Nevada. Los pobladores de los altos cursos de los ríos Ariguani, Cesar y Ranchería, aunque no eran propiamente "taironas", sí estaban bajo su influencia cultural, económica y política.

La densa población tairona se agrupaba en aldeas de gran tamaño, muchas de las cuales podrían llamarse ciudades. Aunque había variaciones según el tamaño y la función de cada asentamiento, en todos se encontraban casas redondas de madera y paja sobre plataformas y cimientos de piedra. Cada centro contaba al menos con un templo circular enorme, en cuyos alrededores había espacios públicos y posiblemente otras edificaciones de carácter ritual. La presencia de diferentes tipos de viviendas, algunas más elaboradas que otras, sugieren una acentuada estratificación social, en particular cuando se

logan distinguir "barrios" de la élite, separados de los "barrios" con construcciones más sencillas.

Además de las viviendas, en los asentamientos se encuentran muchas otras construcciones líticas, algunas de ellas muy cuidadosamente trabajadas. Hay una intrincada red de caminos enlosados que conecta las múltiples aldeas, así como escaleras, canales de desagüe y hasta trechos de arroyos canalizados con pesadas lajas de piedra y terrazas de cultivo que, en terrenos muy empinados, llegan a tener muros de contención de varios metros de altura.

La base de la economía tairona era el cultivo intensivo del maíz sobre terrazas irrigadas; también cultivaban varias clases de frijol, yuca, malanga, ahuyama, batata, ñame, ají, algodón, y una gran variedad de frutas como manzanas, mamones, guayabas, aguacates, ciruelas, piñones, guamas y guáimaras, entre otras.

El mar era una importante fuente de proteínas, como también de sal, la cual se extraía a lo largo de la costa entre el río Piedras y la Ciénaga Grande. Igualmente se criaban papagayos, guacamayos y tominejos para utilizar sus plumas en adornos y tocados; en algunos sitios se practicaba la apicultura a gran escala para obtener miel.

La tecnología agrícola tairona incluía, además de extensas obras hidráulicas, la técnica del policultivo o cultivo asociado de varias especies en la misma parcela, y las cuales maduran en forma de cosechas escalonadas en el tiempo: primero las rastreras (frijol, ahuyama, batata), luego las gramíneas (maíz), seguidas por las arbustivas (malanga y yuca) y finalmente por las arbóreas (aguacate y otros frutales).

Este tipo de sucesiones hacen del policultivo una especie de imitación de la regeneración en el bosque nativo. Una importante característica de éste método de cultivo es el alto grado de control biológico de plagas, como consecuencia de que a mayor variedad vegetal, mayor será la variedad de aves e insectos, y de que entre éstos hay herbívoros y carnívoros que realizan el respectivo control de sus poblaciones, se evita el crecimiento desmesurado de alguna especie que pudiera llegar a convertirse en plaga.

Otro aspecto de la tecnología indígena para el manejo de la montaña tropical consistía en utilizar los recursos de diferentes pisos climáticos o control vertical (Murra, 1980; Ravines, 1978; Reichel-Dolmatoff, 1978 y 1982; Soldi et. al., 1981; Wolf, 1967), técnica ampliamente utilizada en toda la América pre-hispánica y aún vigente en la Sierra Nevada de Santa Marta y otras regiones. Con el control vertical se aprovechan, no sólo los recursos de diferentes pisos climáticos, sino también las variaciones temporales entre las cosechas de un mismo cultivo plantado en parcelas ubicadas a diferentes alturas; pero todas ellas dentro de un mismo rango climático.

El control vertical permite entonces mantener un abastecimiento permanente y variado de alimentos, pero implica conocer las asociaciones y sucesiones adecuadas para los diferentes pisos climáticos, así como la adecuación ideal de las etapas de descanso y regeneración del bosque.

Es evidente que el sistema de control vertical ejerció una gran influencia en el patrón de asentamiento de los grupos

indígenas en la montaña tropical, para quienes el control de un territorio que comprendiera varios pisos climáticos fué fundamental. Es así como tres de los principales poblados taironas se ubicaron a diferentes alturas: Bonda estaba situada en la parte plana, cerca de Santa Marta; Taironaca, en clima templado sobre las márgenes del río Don Diego; y Pociquëica, supuestamente la capital (Chávez, 1980), estaba localizada en las faldas abruptas dominando las cabeceras de los ríos Frío y Don Diego en el clima frío.

Aunque son muy escasos los datos acerca de la organización social y política de los tairona, sabemos que se gobernaban por caciques y que entre estos había jerarquías, pero que todos debían acatamiento a un señor principal (Chávez, 1980; Reichel, 1951 y 1978). Sobre este aspecto Henning Bischof (1971, pp.499) señala:

"En realidad el caracter sobresaliente del área de la Cultura Tairona ha sido su particularismo político muy pronunciado, arraigado en grupos locales cuyas autoridades políticas residían en algún pueblo central donde al parecer también se concentraba la mayor parte de la población. La falta de datos sobre su estructura interna (administración, jurisdicción, impuestos, etc.) lo hace difícil clasificar estas comunidades positivamente como "Estados", pero no cabe duda que en todo lo referente al

cambio de la política exterior sus autoridades siempre actuaban como representantes de estados soberanos".

En la sociedad tairona se cuidaba a los ancianos incapacitados, proporcionándoles diariamente bollos de maíz y chicha; los mecanismos de castigo para perezosos y por faltas menores eran siempre productivos, como ponerlos a tejer mantas en la casa ceremonial o mantener limpios los sitios públicos y los caminos; en la casa ceremonial se guardaban las herramientas que utilizaban los diversos "barrios" para realizar trabajos comunales, como la construcción y el mantenimiento de caminos, obras hidráulicas y terrazas de cultivo.

La realización mancomunada de obras públicas en la América Pre-hispánica suponía la existencia de una gran fuerza de trabajo, pues se requería de la labor de muchas personas para crear aquellos ecosistemas artificiales que eran las poblaciones taironas con sus numerosos caminos, escalinatas, terrazas, cultivos, viviendas y plazas.

Era pues esta cultura avanzada y organizada, cuyos orfebres, alfareros y artesanos de la piedra, se habían hecho conocer en sitios muy distantes de la Sierra Nevada por la excelencia de sus trabajos, la que encontraron los primeros españoles que divisaron desde el mar, los nevados picos del macizo de Santa Marta.

Antes del recuento de la invasión española, vale la pena reflexionar sobre el legado indígena, sobre el significado de los vestigios de estas culturas antiguas: qué podemos entonces

aprender de nuestros antepasados indígenas? En los últimos años los arqueólogos han llegado a un consenso que resume el antropólogo Reichel-Dolmatoff (1978, p.55):

"El gran legado del indio consiste en la manera como comprendió y manejó esta tierra. El largo camino que recorrió...constituye una gran enseñanza ecológica para nuestra época, ya que nos muestra los fracasos y los éxitos, los errores y los logros de aquellos hombres que, con sus mentes y manos, supieron adaptarse a una naturaleza bravía y, al mismo tiempo crear sus culturas, sin que en el proceso sufrieran las selvas y las sabanas, como sufren hoy en día. El legado consiste en la manera como apreciaron y explotaron los diversos medio ambientes de las costas y de las vertientes, de las selvas y de los altiplanos; como supieron extraer de ellos su sustento sin destruir la fauna; como conservaron la tierra con sus terrazas y canales. Es esto lo que nos han dejado los indios, y es esto lo que nos debe enseñar la arqueología."

5.2.2. La Invasión Española: En 1501 los hombres de Rodrigo de Bastidas divisaron por primera vez este enorme macizo que surge de las profundidades del Mar Caribe. Bastidas exploró

la costa desde la Guajira hasta Panamá; visitó varias playas en el costado Norte de la Sierra y descubrió para los españoles el río Magdalena. Estableció los primeros contactos con los nativos de esta región, llevando a España las primeras noticias sobre la Sierra Nevada y sus habitantes. Sin embargo, rara vez abandonaron los primeros exploradores la seguridad de sus naves, prefiriendo intercambiar desde allí con los indios en procura del oro y las perlas que en estas costas abundaban.

A raíz de los informes sobre las ricas tierras y recursos de estas costas, la Corona Española envió, en 1525, a Rodrigo de Bastidas a explorar y posesionarse del desconocido territorio situado entre el desierto de la Guajira y las bocas del río Magdalena.

Bastidas comenzó lo que sería una larga guerra de exterminación con la fundación de Santa Marta, el primer poblado español de tierra firme, en 1525. Desde su base en Santa Marta los españoles penetraron los valles y las montañas recorriendo las costas en su afán por el botín de oro, perlas y esclavos por una parte, el cual lograba fabulosos precios en las Antillas, y por convertir a los aborígenes a la religión Católica, por la otra.

Los españoles muy pronto se dieron cuenta de que una región que podía sostener miles de habitantes en grandes pueblos, con miles de hombres que eran albañiles, agricultores, navegantes y orfebres, era un sitio ideal para la colonización en gran escala: entonces comenzó la conquista de los bravos y orgullosos taironas, portadores de una de las civilizaciones más avanzadas

de nuestro territorio nacional a la llegada de los españoles.

Inicialmente los indios opusieron poca resistencia y recibieron bien a los españoles, pero rápidamente cambió esta situación: se establecieron las primeras encomiendas y los soldados y administradores cometieron terribles abusos; mientras que los misioneros trataron de suprimir la religión aborigen para imponer el catolicismo a toda costa.

Los indios organizaron su resistencia, y prácticamente todo el Siglo XVI transcurrió en una sangrienta guerra por la posesión de las tierras ubicadas al Este y al Sur de Santa Marta. Sólo una vez los taironas se enfrentaron a las armas de fuego de los españoles con un batallón numeroso, atacando a García de Lerma en Pociçüeica con veinte mil hombres; pronto aprendieron que era más eficaz la guerra de guerrillas en un territorio en el que, como indígenas, eran más ágiles que los españoles.

Sin embargo, las flechas indígenas no fueron nunca una tecnología de guerra comparable con las armas de fuego españolas, y en 1599, cuando las huestes indígenas se encontraban bastante diezmadas, Don Juan Guiral Velón comandó las fuerzas españolas en una violenta guerra contra los llamados taironas.

Condenó a muerte a todos los caciques indígenas, ordenó que se quemaran todos los pueblos y cultivos y que las tropas saquearan las viviendas indígenas. Ese fué el precio que se pagó por la paz, pero la tierra había sido arrasada y el elemento humano que la había hecho productiva había sido eliminado o se había dispersado (Reichel-Dolmatoff, 1951; Restrepo

Tirado, 1929/1975).

Ya para mediados del Siglo XVI muchos de los pueblos costeros habían sido abandonados, sus habitantes habiendo huído hacia sitios inaccesibles para los españoles. Los amplios caminos enlosados que habían sido mantenidos por el trabajo comunal desaparecieron bajo la exuberante selva, al igual que las otrora florecientes aldeas y pueblos, cuyos habitantes cayeron víctimas de las nuevas epidemias y de las espadas españolas. Los fértiles cultivos de maíz, algodón y frutales decayeron una vez que fueron quemados y que se dispersó la gente que los cultivaba.

Cuando finalmente, a comienzos del Siglo XVII, Velón arrasó con los asentamientos indígenas de la sierra, los españoles se encontraron amos de la selva y de la ruinas; los prósperos pueblos, con sus múltiples cultivos, sus caminos y sus laboriosas gentes, habían desaparecido. Entonces los españoles abandonaron la Sierra Nevada.

Sin embargo, los llamados "taironas" no fueron nunca extinguidos como cultura, sino únicamente diezmados en los asentamientos de contacto con los españoles; según parece, en los siglos que siguieron, los sobrevivientes indígenas de la Sierra Nevada, que habían pertenecido a diferentes clanes y grupos, se reagruparon para desarrollar nuevas formas de organización que se gestaron a partir de la tradición que los actuales indígenas conocen como "terunna" y posiblemente tomando elementos de otros grupos que se integraron en ese proceso (Reichel, 1953; Restrepo Tirado, 1929/1975).

Para los españoles, el nuevo foco de colonización fué el río Magdalena y las tierras del interior del continente.

Aún Santa Marta estuvo a punto de desaparecer varias veces: quemada y arrasada por el fuego de indígenas y esclavos negros fugitivos, saqueada por piratas ingleses, franceses y holandeses, y diezmados sus habitantes por las enfermedades y el aislamiento de otros centros de colonización española, Santa Marta a duras penas sobrevivió el descubrimiento y la conquista, y a pesar de su excelente bahía, perdió su importancia inicial, al pasar los asuntos del imperio a Cartagena de Indias.

5.2.3 Repoblamiento y cambios culturales en la Sierra Nevada después de la Conquista: Para complementar la historia de la región que nos ocupa, específicamente la región de Atánquez, es necesario hacer un recuento de los cambios poblacionales que ocurrieron en la Sierra Nevada y sus alrededores a partir de la invasión española.

Aunque el Siglo XVI, que había visto la conquista de la Sierra Nevada, está bien documentado en las crónicas de la época, el Siglo XVII está muy pobremente documentado y constituye un vacío en la historia de la región.

A la llegada de los españoles, la gran mayoría de la población aborígen estaba asentada en la vertiente Norte de la Sierra Nevada. Después de las cruentas guerras que contra los indígenas emprendió Juan Guiral Velón alrededor de 1600, desaparecieron muchos de los prósperos asentamientos taironas, por lo menos aquellos ubicados en áreas de contacto con los españoles. Esta región de la Sierra Nevada permaneció prácticamente deshabitada durante varios siglos, a excepción de algunos grupos de indígenas que se refugiaron en las cabeceras de los ríos y en sitios remotos.

Muchos pueblos indios de la vertiente Occidental tuvieron la misma suerte, mientras que en la vertiente Suroriental, en donde la ocupación humana parece haber sido menos densa, no se mencionan sitios de importancia en los años que siguieron a la conquista.

Sabemos que subsistían algunas encomiendas con unos pocos indígenas en el valle del Cesar; que había algunas parroquias y pueblos de indios cuyos habitantes pagaban tributos a la Corona (Reichel, 1951); pero de los procesos y conflictos que se dieron con el choque entre los grupos indígenas y los nuevos amos españoles, no sabemos casi nada.

Tampoco sabemos mucho de los intercambios y alianzas entre los remanentes de los taironas con otros grupos indígenas de la región durante el Siglo XVII; lo cierto es que cuando aparecen nuevamente datos sobre la población indígena de la sierra, se llama genéricamente ARHUACO a todos sus habitantes aborígenes (de la Rosa, 1756/1883; Isaacs, 1884). Posteriormente se comienza a diferenciar entre cuatro grupos principales: ika, kogui, wiwa y kankuamo.

Por su parte, todos los pueblos fundados por los españoles durante el Siglo XVI estaban ubicados en las tierras bajas que rodean a la sierra: después de fundar a Santa Marta en 1525, siguieron San Juan de Ciénaga y Riohacha en 1545, Valledupar en 1550, Valencia de Jesús poco tiempo después y Sevilla en 1592.

Ya para el Siglo XVIII los archivos y las crónicas aportan numerosos y valiosos datos acerca de la actividad misional entre los grupos indígenas que sobreviven en la Sierra Nevada. Durante este siglo se dió una intensa evangelización con el

establecimiento de varias parroquias, la construcción de iglesias y el bautizo de aborígenes, muchas veces con la utilización de métodos coercitivos e impositivos, como la persecución de indígenas con perros a fin de poner bajo el cuidado de la iglesia, a los aborígenes rebeldes.

También los pueblos fundados durante el Siglo XVIII estaban en la zona plana, exceptuando a San Sebastián de Taironaca o de Rábago (hoy llamado por su nombre ika, Nabusímake) en el alto río Fundación. Este pueblo fué descubierto por los españoles en 1583; pero sólo fué en 1750 cuando se estableció allí una misión que prosperó durante algún tiempo para luego ser abandonada.

Hacia fines del Siglo XVIII sin embargo, parece haberse frenado de nuevo la actividad de las misiones. Las guerras de Independencia durante la primera parte del Siglo XIX paralizaron temporalmente la incipiente colonización, para luego contribuir a su desarrollo al traer a la Sierra Nevada refugiados políticos. Parece que durante la segunda parte del Siglo XIX algunos refugiados negros y españoles se asentaron en los pueblos indios aislados, huyendo de las guerras endémicas entre liberales y conservadores.

Se estableció de nuevo en San Sebastián, en 1916, otro centro misional de sacerdotes Capuchinos, casi todos de origen español y cuya misión era la de "civilizar" a los indígenas.

Para ese fin se creó un orfanato al cual se traían niños indígenas que pertenecían a diferentes tribus vecinas: ika, kogui, wiwa, kankuamo y guajiro. Se les prohibía el uso de la lengua materna, se les cortaba el cabello y se les vestía de

"civilizados" (Torres Márquez, 1978); una vez que alcanzaban edad suficiente para formar un hogar, se fomentaba el matrimonio entre individuos de diferentes tribus y cada pareja recibía un pedazo de tierra de manos de los sacerdotes Capuchinos.

De esta manera, los misioneros lograron sustituir ciertas funciones tradicionalmente ejercidas por los mamas o sacerdotes indígenas, generando con ello una profunda división entre los que habían vivido bajo la influencia de la misión y aquellos que lograron salvarse de tal influencia desintegradora, manteniendo y defendiendo su cultura y su modo de vida ancestral, al migrar a territorios lejanos a la misión.

Por otra parte, muchas de las tierras tradicionalmente ocupadas por los indígenas fueron invadidas por colonos criollos de la costa y del interior. Aprovechando la Ley 300 de 1936, se apropiaron de terrenos supuestamente baldíos, pero que realmente eran tierras que los indígenas tenían en reserva, aunque no estaban tituladas debido a que la propiedad de la tierra entre ellos es comunal y el INCORA sólo delimitó la reserva ika en 1972 y el resguardo kogi-malayo en 1980.

A pesar de que en términos generales los pisos templado y frío de la sierra aún están ocupados por indígenas, la colonización criolla actualmente en la sierra alcanza los 1.500 m.s.n.m., llegando a invadir territorios indígenas en busca de tierras aptas para el cultivo del café, como en el caso de Pueblo Bello sobre el río Ariguaní, o para la ganadería de los grandes hacendados, como en las sabanas de Crespo en el bajo río Guatapurí.

Actualmente, de las cuatro tribus tradicionales de la Sierra

Nevada, los koguis son quienes se mantienen más alejados de la influencia de la cultura predominante; los ika o arhuacos, aunque sufrieron profundas transformaciones por la influencia de la Misión Capuchina, han logrado fortalecer su organización interna autónoma para defender el derecho a su tierra y a su cultura. Los wiwa se encuentran actualmente en un intenso proceso de desintegración socio-económica y cultural.

Los ika, también llamados arhuacos y bintukuas, se encuentran actualmente en las cabeceras de los ríos de la vertiente Occidental, y las hoyas de los ríos Donachuí, Templado y medio Guatapurí en la vertiente Suroriental. Su centro principal es San Sebastián de Rábago o Nabusímake, en el alto río Fundación y existe otro grupo de ika en las cabeceras del río Aracataca en la región de Serankua. Según relatan los ika, los asentamientos del río Donachuí y del río Aracataca, fueron fundados a raíz de la migración de algunas familias provenientes de Nabusímake quienes huyeron cuando se estableció la Misión Capuchina en 1916.

En 1982, la comunidad arhuaca decidió sacar de sus territorios a la misión Capuchina. Sentían que la deculturación que había generado la labor evangelizadora y "civilizadora" de esos misioneros entre algunos indígenas mediante el uso de métodos coercitivos, que iban desde el físico secuestro de niños indígenas, hasta la prohibición de la lengua materna y aun la exterminación física de mamos caciques importantes, ahondaba las divisiones al interior de su comunidad.

Unos ochocientos indígenas arhuacos se tomaron pacíficamente las instalaciones de la Misión Capuchina en

Nabusímake, a fin de presionar al gobierno para que cancelara la educación contratada con la misión con base en el concordato, y los obligara a devolver a la comunidad sus tierras y la infraestructura educativa y médica que habían donado entidades internacionales de ayuda. Con esta forma de lucha y organización comunitaria los arhuacos dieron a otras comunidades un ejemplo de reivindicación totalmente pacífica y del cual hay mucho que aprender.

Los kogui, por su parte, se asientan principalmente en la vertiente Norte, en los pueblos de Hucumeishi, Ulueishi, Santa Rosa, San Miguel, Taquina, Macotama y San Francisco. Hacia fines del siglo pasado, y según parece como resultado de la violencia que desencadenó la Guerra de los Mil Días, ocurrieron varias migraciones, que propiciaron la fundación de los pueblos de San Andrés en cabeceras del río Frio, Cherúa y Mamarongo en los ríos Sevilla y Tucurínca respectivamente; por la misma época otro grupo, comandado por el legendario mama José Remedios Kakatukua (Barros), cruzó el páramo de Kurigua o Curiva penetrando en el alto río Guatapurí para fundar los pueblos de Chendukua, San José de Maruámake, Avingüe y Donachuí. De este último asentamiento serían desplazados los koguis por los ika que invadirían el alto río Donachuí años después (ver arriba).

El último grupo, los wiwa, arsarios, malayos o sanká, se encuentra actualmente reducido al río Cherúa y al páramo de Surivaca, en la vertiente Suroriental de la Sierra Nevada en territorio del Departamento de la Guajira. Sus principales asentamientos en el alto río Badillo son: Cherúa, Sinca,

Sulimena, Surivaca, Pozo de Humo, Ahuyamal, Potrerito y El Cerro (en límites con el territorio atanquero). Cabe anotar que el asentamiento de Avingüe, por estar ubicado en el límite entre el territorio wiwa y el kogui, presenta un particular mestizaje en donde se habla una especie de lengua mixta, kogui-wiwa, y aunque se considera como pueblo kogui, muchas de sus viviendas son de planta cuadrada, muestra de la influencia wiwa ya que las casas koguis son de planta circular.

Otros wiwa, quienes ya perdieron su lengua y la mayoría de sus tradiciones, se encuentran en la región de la Sierrita, en los pueblos de Marocaso, el Rosario y Barcino. Allí, durante el siglo pasado, los sacerdotes Capuchinos también realizaron grandes esfuerzos de evangelización con el establecimiento de una misión. Este grupo indígena es posiblemente el más afectado por los procesos sociales que desencadenó el narcotráfico y la siembra de cannabis en la Sierra Nevada, ya que muchos "civilizados" invadieron el territorio wiwa.

Los kankuamos, la cuarta tribu ancestral de la Sierra Nevada, son hoy en día atanqueros; campesinos mestizos quienes se consideran ya "civilizados", pues perdieron su lengua, su indumentaria y sus formas indígenas de organización. Sobre la historia del pueblo atanquero se hablará más adelante.

Sin embargo, vale señalar que las migraciones de koguis antes mencionadas, terminaron en territorios que ancestralmente le pertenecían a los kankuamos. Según la tradición kogui, en esa época, se realizó una especie de "contrato" de préstamo durante cinco generaciones entre mamás koguis y kankuamas, ya que éstos últimos no tenían en uso las tierras del alto río

Guatapurí, Potrero y Donachuí.

Muchas de esas tierras se han ido recuperando a la fuerza, sin que la mayoría de los atanqueros actuales tenga memoria de tal acuerdo, y simplemente porque la presión demográfica y el agotamiento de los suelos de la cuenca del río Candela los obliga a presionar sobre las tierras del indio. Otras tantas han quedado en manos de los indígenas quienes las han ocupado por más de cien años. Esta ocupación la reconoció el Estado colombiano en 1980, cuando delimitó el resguardo kogui-Malayo que incluye buena parte de esos territorios; los atanqueros no presentaron protesta pública alguna en la que hicieran constar que como descendientes de los indígenas kankuamos tenían algún derecho sobre esas tierras.

En forma creciente los centros de salud y las escuelas de muchos pueblos indígenas son manejadas por ellos mismos. En la medida en que preparan personal calificado para desarrollar programas de salud y educación, tratan de encauzar un proceso de desarrollo comunitario autogestionario y autónomo, que parta de sus tradicionales formas de trabajo comunitario y de sus conocimientos prácticos acerca del medio.

Con el Decreto 1142/76 se reglamenta la educación bilingüe y bicultural para las comunidades indígenas en Colombia. Entre las comunidades de la Sierra Nevada, el programa formal de educación de los ika o arhuacos es hasta ahora uno de los primeros experimentos educativos de este tipo en Colombia; y a pesar de que no se le concibe como un producto terminado, es una de las primeras respuestas de tipo local a la política de mejoramiento cualitativo y descentralización de la educación.

El PATRÓN DEPOBLAMIENTO de los actuales grupos indígenas de la Sierra Nevada, aunque mantiene cierta continuidad con patrones pre-hispánicos, como es el uso de varios pisos climáticos, ha cambiado según las características de los nuevos cultivos permanentes, como son la caña, el plátano y el café, las demandas de la ganadería y las nuevas formas de organización social que se gestaron a partir de la invasión española.

La mayoría de los pueblos indígenas de la Sierra Nevada pasan largas temporadas vacíos; funcionan como centros rituales y sociales en los cuales la gente se reúne para efectuar ceremonias religiosas en ciertas épocas del año y para "hacer justicia", es decir, para solucionar problemas que se presenten entre indígenas de la misma tribu.

La complejidad ecológica de la Sierra Nevada, que genera una gran diversidad vertical y horizontal de nichos, y los fluctuantes patrones de lluviosidad, hacen que la capacidad productiva de las parcelas varíe de año en año y de región en región. Desde la antigüedad estas condiciones incidieron en el patrón de asentamientos de los habitantes de la montaña tropical.

Al verse radicalmente diezmada la población indígena como resultado de la invasión española, el uso del suelo pasó de ser intensivo en mano de obra y densidad, a un uso extensivo de agricultura itinerante. Los actuales indígenas tienen un patrón de asentamientos caracterizado por una altísima movilidad de las familias entre parcelas ubicadas a diferentes alturas. De ésta forma se maximiza la variedad de recursos y se minimiza el riesgo de pérdida de cosechas, al tiempo que se

el trabajo más completo que existe sobre los atanqueros, y de que entre los objetivos del presente estudio está el brindar información relevante a los docentes acerca del contexto local, muchas partes del texto que sigue fueron traducidas directamente de la fuente en inglés. Además de los valiosos trabajos de esos autores, los testimonios de los mayores del pueblo y de algunos indígenas kogui y wiwa contribuyeron a hacer más completa esta recopilación histórica.

Desde Valledupar, tomando el curso del río Badillo, y luego el de su afluente, el río Candela, se llega a la población de Atánquez, la cual está ubicada en el corazón del antiguo territorio kankuamo.

Desconectada hasta mediados del siglo pasado de los centros urbanos del valle del Cesar, esta pequeña población mestiza presenta las características típicas de aquellos aislados centros de colonización y actividad misionera fundados en pueblos indígenas durante el Siglo XVI, para luego ser abandonados a sus propios recursos.

La región de Atánquez ha sido siempre un área de contacto entre dos tradiciones culturales diferentes. Aquí se encontraban dos formas de vida y de adaptación al medio ambiente: mientras que en la sierra se desarrollaron las culturas andinas caracterizadas por sociedades estratificadas, sistemas teocráticos y agricultura intensiva, en las zonas bajas y en el piedemonte vivían grupos dispersos de horticultores de selva tropical, cuyos sistemas de organización social parecen haber sido más simples; en la época Pre-hispánica entonces, la vida de los indígenas del valle de Atánquez se orientaba hacia la

alta cultura Tairona (Reichel y Dussán, 1961).

Sin embargo, en vista de que en los últimos siglos comenzó a predominar en las zonas bajas otra forma de alta cultura, esta vez de tradición hispana, los indígenas kankuamos, influenciados por las comunicaciones, la industrialización y el mestizaje racial, orientaron su vida hacia el valle del Cesar. Dado que el valle de Atánquez se ubica entre estas dos zonas, es de suponer que ello haya contribuido en cierto grado a configurar su perfil cultural (ibid.); de hecho, es común encontrar en Atánquez la fusión de tradiciones culturales indígenas, africanas e hispanas.

Pero cuáles fueron los procesos que llevaron a que los indígenas kankuamos se convirtieran en mestizos atanqueros?

Es muy posible que durante el Siglo XVI los españoles hayan explorado la región de Atánquez, pero ni su valle ni sus habitantes son mencionados por los cronistas de la época de La Conquista.

El nombre de Atánquez, sin embargo, no es desconocido ni en los archivos históricos, ni en la tradición indígena: según las investigaciones de Reichel y Dussán (1961), había un pueblo del mismo nombre cerca de Santa Marta, así como un legendario mama indígena llamado Atánquez. Pero la ubicación antigua del Atánquez de los kankuamos es motivo de controversia:

Algunos dicen que los kanakuamos habían vivido en la sabanas de Villa Rueda, y que se replegaron hacia Atánquez para alejarse de las encomiendas y de los asentamientos españoles de Patillal, San Juan del Cesar y Badillo. Pero otros, entre ellos indígenas koguis y wiwas, aseguran que los restos

arqueológicos de Villa Rueda corresponden a un antiguo pueblo wiwa, cuyos habitantes posteriormente migraron hacia Marocaso y el Rosario en las cabeceras del río Cesar, por razones similares.

Pero la historia es más compleja. Otros testimonios indican que lo que había en Villa Rueda era un asentamiento de frontera en donde, tanto los kankuamos, como los wiwa, intercambiaban con las tribus del Valle del Cesar el precioso cobre que estas extraían en sus territorios, por las piedras semi-preciosas y otros objetos que aquellos traían de la Sierra Nevada. Es posible que aun después del establecimiento de los españoles en el Valle del Cesar, Villa Rueda se haya mantenido por algún tiempo como sitio de intercambio comercial, para entonces entre indígenas de la sierra y españoles. La presión de los españoles eventualmente haría replegar a wiwas y kankuamos hacia sitios más adentrados en la montaña.

Vale aclarar que estas no son mas que meras especulaciones basadas en obsevaciones superficiales del sitio y en testimonios a menudo contradictorios; sólo la exploración arqueológica de Villa Rueda y la recolección de otros testimonios, podrá contribuir a esclarecer esta etapa de la historia de Atánquez.

Volviendo al problema que nos ocupa, Reichel y Dussán (1950) señalan que el nombre antiguo de Atánquez era KANKUAKA. Para los indígenas koguis y wiwas el actual Atánquez era Kankuaka, y el mama ika, Marcos Perez, respondió a nuestras preguntas con una canción relacionada con la tradición kankuama, en la cual se identifica a Kankuaka con la Piedra Lisa sobre la cual se suben los promeseros del santísimo al amanecer de la octava del Corpus Christi a adivinar de las nubes; es esta aun una piedra sagrada.

Sin embargo, para algunos atanqueros, Kankuaka era el nombre del sitio que hoy se llama Iglesia Vieja y que se ubica unos cinco kilómetros abajo de Atánquez sobre el medio río Candela, entre los caseríos de El Mojao y Ramalito. Ciertamente en Iglesia Vieja aun están los cimientos de lo que pudo ser una iglesia, y para la gran mayoría de los atanqueros fue esa la ubicación original del pueblo. Se asegura que hubo allí una cruenta batalla contra los españoles, a raíz de la cual los kankuamos se replegaron hacia el alto río Candela, cambiando el nombre de Kankuaka por el de Ataque...que con el paso del tiempo se convirtió en ATANQUEZ. Cuentan los abuelos que el cacique que vivía en Iglesia Vieja murió sin corazón, pues lo dejó en la montaña convertido en piedra...talvez adivinó el fin de su casta y de su tradición, y lo mató la nostalgia.

Sobre la fundación de Atánquez Reichel y Dussán (1956) recogieron el siguiente relato (p. 84):

"Debajo del campanario está enterrado un hijo de Mama Kunchaka, que llamaban Mama Tutaka...Allí pagaba para que no vengan las enfermedades del Valle. Tío Belacho me decía que primero iban a poner el pueblo allá donde llaman Iglesia Vieja. Se juntaron los Mamas: Tutaka, Kunchaka, Crespo, Guaingueka y Duriba. Duriba vivía por el Cerro Juaneta. Se juntaron y adivinaron donde hacer el pueblo. Guaingueka adivinó que lo iban a poner en Iglesia Vieja para ver él, desde su casa en el Cerro Guaingueka. Duiriba adivinó que en Candela para estar cerca de él y para ver el pueblo desde

arriba. Entonces Tutaka adivinó que debían poner el pueblo aquí mismo. Y por eso lo enterraron aquí."

En los Pergaminos Heróicos de Demetrio Daniel Hernández, publicados en 1945, se encuentra la referencia más antigua al pueblo de Atánquez. Según el autor, por los años de 1675 y 76, abundaban los palenques de negros en la provincia de Santa Marta, pero "...el más numeroso y difícil de reducir era el situado arriba de Atánquez, en la región de Valledupar..." (p. 128). Su jefe era el negro José Andrés, famoso por su porte, coraje y rebeledía.

Esta es la única mención que se ha encontrado acerca de la existencia de un palenque en los alrededores de Atánquez, siendo el más cercano el de la población de Guacoche. Sin embargo, esta referencia contribuye a explicar la existencia de una arraigada tradición musical y ritual de origen africano en Atánquez, la cual se expresa en la fiesta mestiza del Corpus Christi, con la presencia de la comparsa de negros y negritas.

La primera noticia que de Atánquez traen las crónicas tiene fecha de 1690 y se encuentra en el informe de un sacerdote Franciscano, quien por orden del obispo de Santa Marta, había visitado "el pueblo de los atánquez", cuyos habitantes habían sido acusados de idolatría.

El sacerdote, acompañado por un capitán español y varios soldados, ordenó quemar y destruir diez grandes casas ceremoniales y los ídolos de madera que contenían, al tiempo que bautizó a muchos indígenas. Según este informe, parece que ya para entonces algunos de los indígenas de Atánquez

conocían la lengua española y tenían nociones de cristianismo. En todo caso, parece que los indígenas no presentaron oposición y los españoles se retiraron tras haber cumplido con su misión.

La siguiente referencia a Atánquez data del Siglo XVIII, cuando el incremento en la actividad misional demandó la integración de indígenas en pueblos a fin de facilitar la labor de evangelización; en 1787 se menciona a Atánquez como un pequeño centro de producción de caña de azúcar, cuyos habitantes indígenas se habían concentrado en el pueblo por iniciativa propia.

Según parece (ibid.), el cacique del pueblo era en ese entonces un viejo mama indígena que ejercía un mandato de terror sobre sus vasallos, y al cual se le acusa de haber destruido las fincas con magia, causando una fuerte hambruna. Finalmente, según la leyenda, los indígenas se rebelaron y lo mataron. Quedaron entonces cinco mamas en el pueblo bajo cuyo gobierno la región prosperó durante algunas décadas, al parecer sin contacto con los desarrollos de las tierras bajas.

Algún tiempo después, tropas españolas entraron al valle de Atánquez con perros de cacería para atrapar a todos aquellos indígenas que no se habían dejado bautizar por los misioneros que esporádicamente pasaban por la población. Esta época aun es recordada como "el tiempo de la morisca", es decir, cuando los moros, como se llamaba a los indígenas sin bautizo y como hoy se denomina a los antepasados kankuamos, huyeron hacia la sierra.

Muchos de los fugitivos fueron cazados con los perros y retornados al pueblo en donde se estableció un cura párroco y

se comenzó la construcción de una iglesia. Según la tradición, los españoles trajeron esclavos negros del valle del Cesar, prometiéndoles la libertad una vez que terminaran de construir la iglesia. Sin embargo, otros aseguran que fue un rico hacendado español, devoto de San Isidro, quien mandó construir esta iglesia en pago de una promesa.

La iglesia fue terminada a finales del Siglo XVIII, pero curiosamente se derrumbó poco después, quizás a causa de un terremoto o de un incendio. Según la historia que una vieja octogenaria le relató a Reichel y Dussán (1961, p. 14) hace treinta años, la construcción de la iglesia presentó varios problemas: según ella, estando aun muy joven había conocido a una vieja kankuama, hija de un mama y quien le había contado la siguiente historia:

Siendo la kanakuama aun una niña, había llegado un día a Atánquez para encontrarse un extraño grupo de hombres negros quienes estaban terminando de derribar los muros de la iglesia, mientras que hacían más adobe para construirlos de nuevo. El maestro de obras era un negro, y la niña indígena le regaló algunos guineos al pasar. Al cabo de un rato, cuando los muros habían alcanzado una altura de unos dos metros, se cayeron; esto ocurrió cinco veces. Entonces el maestro de obras le contó a la niña de esta cuestión tan rara; esta, a su vez, le contó a su padre, el mama, quien tras largas horas de adivinación le comunicó a los albañiles que al excavar las bases para la iglesia habían removido los restos de una antiguo mama (Tutáka?), cuyo espíritu intranquilo estaba derrumbando los muros debido a que no se le había hecho el pago requerido. Después de

consultar con el mama, el maestro de obras hizo el pago, y al cabo de unos días, terminó la iglesia.

A pesar de que este relato puede parecer de poca importancia histórica, tiene mucha significación cultural ya que refleja el tipo de creencias y visiones del mundo que todavía siguen vigentes entre la mayoría de la población, así sea en forma clandestina. Para muchos atanqueros, y aun para muchos vallenatos, siguen siendo importantes los pagos a la madre naturaleza, las aseguranzas y los trabajos mágicos realizados por mamas indígenas de tribus vecinas o por personas del pueblo que aun saben "un poquito" de magia, así sea sólo para "rezar" el ganado. Pero la tradición oral y las prácticas mágicas son muy ricas y amplias en esta región, y son objeto de otros estudios (Reichel y Dussán, 1961).

En el censo realizado en 1803, todos los habitantes son considerados como indígenas que tributaban a la corona bajo la administración de un corregidor; tenían además dos funcionarios indígenas: el alcalde y el capitán. Sólo se mencionan cuatro españoles que vivían en el pueblo, todos casados con indígenas. Casi toda la población aun hablaba la lengua kankuama, aunque muchos eran bilingües y el trueque funcionaba como principal forma de intercambio comercial. Nadie pretendía negar su identidad indígena.

Aparece aquí el pueblo por primera vez con el nombre de San Isidro de Atánquez (ibidem.). Según esta fuente, sólo fue a finales del Siglo XVIII cuando Atánquez se convirtió en parroquia; fecha tardía en comparación con otros pueblos vecinos cuyos nombres aparecen en las listas parroquiales desde

épocas anteriores.

Sobre la primera mitad del Siglo XIX se sabe muy poco y son escasos los relatos de esa época. Según parece, la guerra de la Independencia no alteró significativamente la vida de la población, y sólo fue durante la segunda mitad del siglo pasado cuando comenzó a cambiar radicalmente la situación.

La actividad misional durante esa época integró en la población de Atánquez a grupos indígenas de otras tribus, los cuales fueron asimilados por los indígenas locales como clanes adicionales. A principios de la década de los cincuenta, Reichel y Dussán (1961, p. 130) recogieron una tradición oral según la cual habían existido entre los indígenas de Atánquez, varios clanes totémicos asociados con ciertas plantas y animales; actualmente nadie recuerda esta tradición, sin embargo, los nombres de los dos clanes no son desconocidos en la región: Musixque es el apodo que le dió un brujo guajiro a un atanquero, y guiro (biru...bore?) es el nombre de un tubérculo que fue el sustento básico de la población en épocas de hambruna.

Uno de los grupos más importantes parece haber sido el clan Musixque, identificado con una planta del mismo nombre (*Cardiospermum puniceifolia* DC.). Aunque probablemente ese no era el único clan que existía en la región de Atánquez, la tribu de los kankuamos, ya muy desintegrada, llegó a identificarse en forma creciente con ese grupo específico, a tal punto que, todos los indígenas nativos de Atánquez llegaron a llamarse "gente de Musixque". Entre tanto, los indígenas que habían venido de otras regiones se llamaban "gente de Guiro", y eran considerados

como un clan inferior.

Es muy posible entonces que las familias de campesinos e indígenas migrantes que llegaron al valle de Atánquez durante el siglo pasado, desplazados por las guerras de la independencia y por la hambruna que desataron las plagas de langosta, hubieran tenido que depender primordialmente del guiro para su alimentación, por lo que los kankuamos les dieron el apodo "gente de Guiro".

En 1857 el Gobierno General de los Estados Unidos de Colombia, como se llamó durante la etapa del Federalismo, creó el Estado del Magdalena, el cual cubría la antigua provincia de Santa Marta y comprendía cinco departamentos: Santa Marta, Badillo, El Banco, Tenerife y Valledupar.

En 1871 el Estado del Magdalena le cedió al Gobierno central, y más específicamente a la Iglesia, la administración de los Territorios de Sierra Nevada, Motilones y Guajira. Esta concesión, pactada por un término de veinte años, tenía como objeto facilitar la colonización de los territorios indígenas, los cuales hasta entonces no habían sido explotados económicamente.

Al ser Atánquez nombrada capital del Territorio de Sierra Nevada y Motilones, se convirtió en un importante foco de colonización, al cual llegaron por primera vez los oficiales del gobierno, soldados y policías, así como muchos presos políticos para cuyo exilio se utilizaron estos pueblos aislados.

Parece que fue muy poco el personal administrativo que logró integrarse a la comunidad local, y al cabo de unos meses casi todo regresó a Valledupar, abandonando los planes de

colonización; eventualmente, los Territorios Especiales y las sub-divisiones territoriales fueron reincorporados al Estado. Atánquez entonces se convirtió en un distrito municipal de Valledupar, para luego, en 1918, ser nombrada corregimiento del Municipio de Valledupar.

Pero había sido introducido el nuevo cultivo del café, el cual, junto con las artesanías de fique y los sombreros bajeros, la panela y el ron de caña que se venían produciendo desde tiempo atrás, llegó a constituir el principal renglón económico de la región.

También había dejado la Iglesia otro cambio en Atánquez; las nuevas generaciones se avergonzaban de hablar la lengua kankuama y vestían ya ropas de corte occidental.

Los cambios étnicos y socio-económicos radicales ocurrieron de 1860 en adelante y a raíz de las guerras civiles que devastaron amplias regiones del país, prolongándose hasta la Guerra de los Mil Días. Las tierras bajas del Estado del Magdalena sufrieron una desolación general que fue seguida por epidemias y hambrunas, agravadas por una plaga de langostas que arruinó al campesinado.

Esta situación obligó a muchas familias de las tierras bajas como San Juan del Cesar, Corral de Piedra, Fonseca, La Junta y Barrancas a migrar en busca de refugio político y de nuevas tierras como medio de subsistencia. La mayoría de los nuevos inmigrantes eran de origen triétnico, pero portadores de una cultura más hispana que la del pueblo.

Rápidamente, las casas alrededor de la plaza y las mejores tierras a orillas del río y cercanas al pueblo fueron quedando

en manos de los nuevos colonos, quienes compraron los trapiches, los potreros, los cafetales y estancias que los indígenas habían establecido a principios del Siglo XVIII.

Las familias indígenas que antes habían vivido en los alrededores de la plaza, se desplazaron entonces hacia la parte alta del pueblo, a los barrios de La Riberia (la arriberia) y La Lomita.

El incremento en la producción de los productos comerciales trajo consigo una mayor organización del comercio, monopolizado también por los nuevos inmigrantes. Los sombreros bajeros, las mochilas, chinchorros y mochilonos de fique, que eran las artesanías locales, no se produjeron en grandes cantidades para enviar a tierras distantes hasta la llegada de los comerciantes criollos. Actualmente, la producción de mochilas es la base económica de muchas familias de la región.

Dado que los indígenas kankuamos no estaban acostumbrados al sistema monetario, se estableció desde entonces un sistema de intercambio mediante el cual la persona pagaba con sus propios productos (mochilas, café, panela, sombreros), los cuales tenían precios fijados por los tenderos, aquellos que deseara adquirir de la tienda. Al establecer simultáneamente un sistema de crédito y pago de deudas con la cosecha, los recién llegados pronto comenzaron a dominar la economía de la población; muchas familias indígenas quedaron así permanentemente endeudadas o dependientes de los primeros. Para el comercio de la mochila del diario es difícil encontrar tenderos que paguen con dinero, todavía predomina el sistema de trueque que se estableció hace más de cien años.

A pesar de que las transformaciones culturales debieron ser bastante traumáticas, los relatos indican que este período de finales del siglo pasado y principios de el presente, fué posiblemente el mejor que ha tenido Atánquez en términos de producción agrícola y artesanal, con un comercio que cubría prácticamente toda la Costa Atlántica. De Atánquez salía bastimento y fruta para Valledupar; sombreros y mochilas, chinchorros y cuerdas se intercambiaban en El Banco y otros pueblos ribereños por pescado seco, huevos de iguana y otros productos que aquí no se producían. Hasta Venezuela y las Antillas iba el café y el ganado de contrabando por vía de Maicao, y llegaban zapatos alemanes y sombreros Borsalino, como llegan hoy las abuelitas chinas y el whisky sello negro. Atánquez producía además una panela excelente y un ron chirrinchi que tenía fama en toda la región a pesar de estar prohibida su producción y venta por la licorera del Magdalena.

Como consecuencia de la paulatina importancia que fue adquiriendo Atánquez, llegando a formar parte de la red comercial que ligaba a las poblaciones del valle del Cesar con Riohacha, el proceso de deculturación de los indígenas kankuamos, antepasados de los actuales atanqueros, fue acelerándose, dado que las circunstancias los hicieron sentirse parte de un modo de vida orientado desde el valle por los criollos.

El Patrón de Asentamientos: Tanto los testimonios de

personas de avanzada edad, como las prácticas de los indígenas actuales de la sierra, quienes pasan la mayor parte del año en las veredas, sugieren que el patrón de asentamiento de los atanqueros ha sufrido cambios significativos en los últimos dos siglos.

A pesar de que la población de Atánquez depende de una economía rural, ocupa un asentamiento urbano, y las fincas pasan largas temporadas solas, para ser ocupadas únicamente en época de cosecha de café o de actividades de limpieza y mantenimiento que requieran varios días.

La concentración permanente de los pobladores de la cuenca en el pueblo, posiblemente fue consecuencia de la influencia integradora de la iglesia misional a la cual se le facilitaba la labor evangelizadora al tener concentrada la población indígena en un sólo sitio.

Pero parece que no fué sino hasta las primeras décadas de este siglo cuando muchos atanqueros se trasladaron de tiempo completo a la población, y en ello tuvo mucho que ver la escuela. A diferencia de muchas escuelas del interior del país, que se establecieron en las veredas para estar más cerca de las fincas, las instituciones educativas en Atánquez se establecieron en la población, llevando paulatinamente al despoblamiento de las veredas y a la concentración de la población en el pueblo.

También la llegada de inmigrantes "civilizados" con hábitos urbanos durante el siglo pasado debió contribuir para que los atanqueros en forma creciente se establecieran en el pueblo.

Pero parece que no sólo fueron las ventajas sociales que brinda la vida urbana las que llevaron a los atanqueros a vivir

en el pueblo; sino también porque al quedarse a vivir en las fincas podrían ser considerados "montunos" y tachados de indios, cosa que a nadie le interesaba en una época histórica muy difícil en la cual los atanqueros, víctimas de un grave conflicto de identidad, trataban de demostrar su condición de "civilizados", al negar todo aquello que remotamente pudiera ser interpretado como indígena.

5.2.5. Integración Nacional:

Durante el Siglo XX Atánquez entra definitivamente bajo la influencia económica y política de Valledupar, al igual que otras poblaciones del Suroriente de la Sierra Nevada. Vale la pena entonces, retomar la historia regional para comprender los procesos que se viven actualmente en la región de Atánquez como parte de un contexto regional más amplio.

Vimos cómo la cuenca del Cesar encierra dos subregiones geográficas: la sierra y el valle. Que éstas se diferencian entre sí por la diversidad de climas y de recursos naturales, así como por el tinte predominante de sus formas culturales respectivas. En tanto que en el valle predomina la cultura criolla colombiana, con asentamientos urbanos y rurales de tendencias tradicionales y modernas, las comunidades de la sierra conservan mucho de su ancestro indoamericano, con grupos indígenas y mestizos. A pesar de esta distinción inicial para delimitar regiones, se trata de complejos socio-culturales que históricamente han funcionado complementándose en mayor o menor grado, en función de la diversidad de recursos que propicia la diversidad de climas (Sánchez Alvarez, 1980).

Por otra parte, la economía de la región es

fundamentalmente agropecuaria, pero tanto las formas de adaptación ecológica, como el impacto de éstas sobre el medio ambiente, varían tanto con las condiciones geográficas y con las características socio-culturales de las comunidades que la habitan, como con las demandas que históricamente ha ejercido la economía sobre el medio ambiente.

Las comunidades urbanas y rurales del alto Cesar forman parte de una región geográfica, económica y política cuyo centro es Valledupar. Las determinaciones de carácter internacional, como son los precios de los productos de exportación (como el café), y nacional, como es la distribución del presupuesto para las distintas regiones, se sentirán en el alto Cesar por intermedio de su centro regional. Valledupar, por su parte, ha jugado un papel pasivo y subordinado con respecto de las decisiones nacionales e internacionales que la afectan (ibid.).

Es así como las incursiones de los conquistadores en busca de mano de obra indígena en el valle del Cesar, terminaron por diezmar la población nativa, y para finales del Siglo XVI, la región quedó al margen de los intereses del imperio; intereses que se centraban en las regiones mineras y en las rutas a través de las cuales se sacaba el oro, una vez suplida la demanda de mano de obra con esclavos negros (Restrepo Tirado, 1929/1975).

La región sólo cobró importancia en el aspecto económico a nivel nacional desde hace unas tres décadas, cuando empezó a ser objeto de cuantiosas inversiones para el cultivo de algodón de exportación. Hasta entonces Valledupar y las poblaciones del valle del Cesar y del piedemonte de la Sierra Nevada, se dedicaban básicamente al pastoreo y a la ganadería extensiva

en grandes latifundios. La agricultura empresarial se limitaba al cultivo de la caña de azúcar y algo de café, para abastecer el mercado regional. Por intermedio de Riohacha y la Guajira, las poblaciones del valle y del piedemonte, establecieron desde la época de la conquista, una importante relación comercial de contrabando con las Antillas y Venezuela, la cual sigue vigente como actividad económica tradicional de la región.

La vertiginosa modernización de Valledupar a partir de la década de los cincuenta, alimentada por inmigrantes, créditos, planes de desarrollo y obras de infraestructura, y su función como región agropecuaria en la división nacional del trabajo, marcó la economía en toda su extensión.

En el campo, los empresarios se dedicaron al lucrativo, aunque riesgoso, cultivo del algodón; al estable cultivo de arroz en donde se contara con riego, o a la cautelosa pero segura ganadería. Entre tanto, en la ciudad los primeros intentos de industrialización llevaron al establecimiento de una fábrica procesadora de derivados lácteos, gracias a la alianza entre los ganaderos y la filial de la multinacional Nestlé, por intermedio de Cicolac.

La integración del Cesar con los mercados nacional e internacional, lo convirtió en un polo de demanda de bienes tales como alimentos, tecnología, combustible, capital, insumos agrícolas y otros bienes, producidos a menor costo por los grandes centros urbanos colombianos, o importados del exterior. A consecuencia de ello se inhibió la posibilidad de producir renglones sustitutivos y la artesanía tendió a disminuir en importancia (Sánchez Alvarez, 1980).

La migración masiva de campesinos de la región y trabajadores de muchas zonas del país hacia Valledupar en busca de trabajo y mejores servicios, generó un crecimiento urbano desordenado y sin planificación alguna. Actualmente un alto porcentaje de la población de Valledupar no cuenta con agua potable ni con servicio de recolección de basuras, situación que genera la rápida expansión de pestes y epidemias que afectan principalmente a la población infantil.

En las zonas rurales la producción se rige cada vez más por los criterios de obtención de un alta rentabilidad a corto plazo. Se desconocen las consecuencias que a mediano y largo plazo conlleva el manejo de los recursos naturales con criterios inmediatistas, como son la contaminación de aguas y suelos y la reducción de su capacidad productiva; además, el progresivo crecimiento de los costos de producción, las dificultades de mercadeo y las condiciones del crédito, hacen de la agricultura un negocio poco rentable para muchos campesinos. Estos problemas redundan a su vez, en el despoblamiento de los campos, fenómeno que viene presentándose en el Suroriente de la Sierra Nevada.

El desplazamiento de campesinos hacia otras fuentes de trabajo podrá ser absorbida parcialmente por los Proyectos carboníferos. Sin embargo, es improbable que estos puedan satisfacer en su totalidad la demanda de empleo que existe en la región, dado que no sólo se ha dado el abandono del agro por agotamiento de los suelos y falta de servicios y oportunidades de trabajo en los pueblos, sino que también se ha generado un creciente desempleo en el sector no-formal que tradicionalmente

dependió del contrabando para sobrevivir.

A pesar de estos problemas, el Proyecto Cerrejón, y los futuros proyectos carboníferos de La Loma y La Jagua, crearán una demanda de bienes, servicios y alimentos, la cual con un manejo que beneficie la región, servirán para reactivar su economía agrícola. Es el caso de las legumbres: éstas son traídas con grandes costos desde los principales centros urbanos colombianos para abastecer la demanda de un valle que está situado entre dos sierras que podrían producir alimentos de todos los climas.

La región del Suroriente de la Sierra Nevada presenta entonces, a pesar de su gran potencial productivo, una serie de problemas típicos del desarrollo regional colombiano debido a las tendencias centripetas del desarrollo económico y político y a la estructura prevaleciente de dominación-subordinación, tanto entre las distintas regiones del país, como al interior de cada una de ellas.

Actualmente el futuro de los atanqueros es bastante incierto. El territorio que los ha sustentado durante muchos siglos está sufriendo un acelerado deterioro que está llevando al empobrecimiento paulatino de la población. La ganadería extensiva y el sobre-pastoreo, acompañados por las quemadas frecuentes, ya se han tomado el 70% de la zona estudiada. Actualmente casi todos los alimentos que se consumen en Atánquez son traídos desde Valledupar, y a pesar del incremento en el costo de la vida, la mochila que es la base de la subsistencia diaria sigue pagándose a sólo cincuenta pesos en 1985.

En consecuencia, la frontera agrícola se ha ampliado,

y se han tumbado bosques en zonas nunca antes trabajadas, hasta llegar a un punto crítico: en la zona del estudio sólo queda una sub-cuenca del río Candela con un bosque clímax de tamaño suficiente para retener el agua lluvia; y la mayoría de las socolas de los últimos cinco años se han efectuado en esa sub-cuenca, la del río Chiscuinya, por lo que cada vez quedan menos tierras disponibles para la agricultura. Esta situación, sumada a la inexistencia de oportunidades de trabajo y a la falta de una organización comunitaria para mercadear los productos de la región, está obligando a muchos atanqueros a migrar hacia los centros urbanos en busca de trabajo.

Para enfrentar tales problemas y garantizar la permanencia de los atanqueros como grupo humano con su propia riqueza cultural, es necesario fortalecer las organizaciones comunitarias endógenas, para que mediante la participación activa de sus miembros se logre gestar un desarrollo integral de la comunidad.

Considerando que la IDENTIDAD es un factor esencial para la unión de la población en torno de los problemas que afronta y aún para la conservación de los recursos vitales dentro de un territorio ancestral, y que las circunstancias históricas dejaron en Atánquez una riqueza cultural y folclórica de gran valor, se concluyó que el fomento de las expresiones culturales locales es igualmente importante.

Los futuros proyectos de desarrollo integral en esa región deben entonces propiciar la participación activa de la comunidad mediante el fortalecimiento de la identidad y el sentido de pertenencia y deben partir de los problemas más sentidos, sin olvidar que los problemas de agotamiento de aguas y suelos, aunque

aparentemente menos inmediatos, son igualmente pertinentes.

En el siguiente capítulo se describe y analiza la problemática que está llevando a la desaparición de las fuentes de agua y a la erosión de suelos; y en el capítulo 7 se hace un recuento de la experiencia participativa de investigación que se está desarrollando en Atánquez en torno de la desaparición del río Candela.